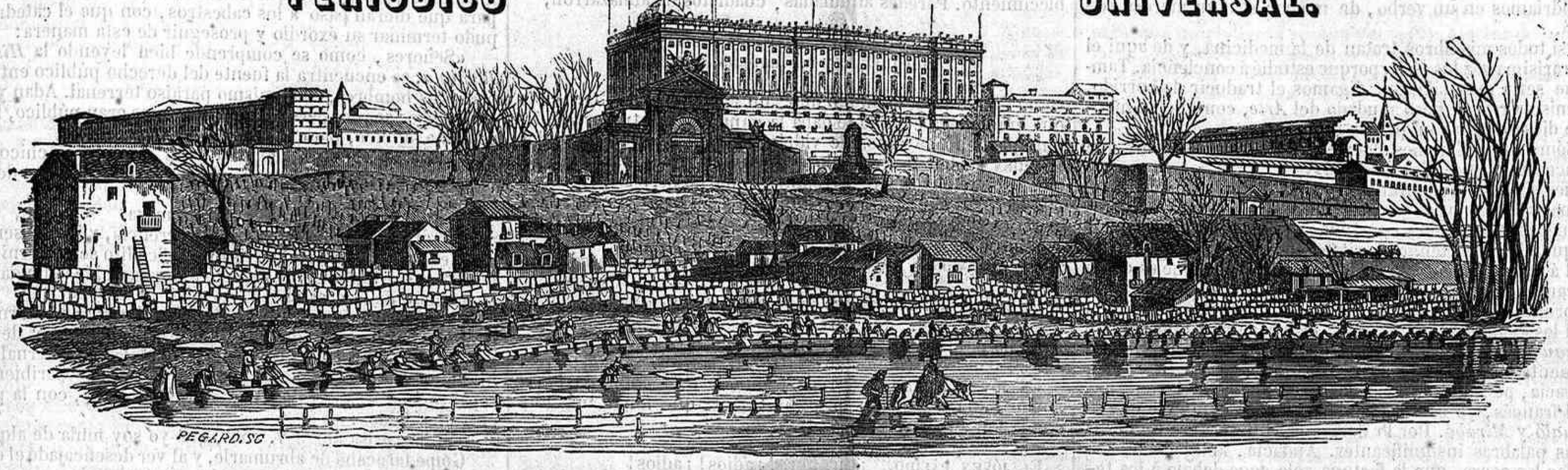
LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 47.—SÁBADO 20 DE NOVIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y estranjero: Año 80.

RECUERDOS DEL BRASIL.

RIO-JANEIRO

VISTO DE NOCHE DESDE EL PICO DEL CORCOVADO.

I.

Reina de la América Meridional, ciudad del amor y de la poesía, Rio, encantadora beldad, cuyo eterno frescor y belleza envidiarian las mas celebradas, ¿quién al contemplarte tendida en tus arenas de oro, cubierta á medias por un manto de esmeralda, como serpenteando por entre los millares de arbustos y vegetales que coronan tus lujosas montañas, de las cuales baja, al declinar la tarde, la brisa perfumada con los efluvios de los plátanos y *coco-nayas*, de los cafetales y *mangueras*, de los *louros* y naranjos; quién no se siente conmovido y dulcemente dispuesto á la meditacion y á la melancolía?

Oh! cuán bella eres al trémulo rayo de la luna, y vista desde cualquiera de las escarpadas eminencias que desde *el morro* de Santa Teresa hasta la gigantesca cima del Corcovado, detienen involuntariamente al fatigado viajero, y le recompensan con usura las incomodidades y penurias del camino!

II.

A tu alrededor todo es grande y magnífico: se pierden de vista las inmensas florestas, abrumando las montañas, á quienes visten desde la frente hasta los piés, y solo entrecortadas por algun brazo de la ciudad, el mar, algunas islas, ó una que otra habitacion perdida en aquel océano de verdura. Los ojos giran en él fatigados y como buscando un centro donde posarse.

Las apiñadas copas de tantos árboles, miradas desde la altura y favorecidas por la sombra de los montes cercanos, ó la luz que vierte á raudales la luna llena, imitan los mas peregrinos objetos, á los que presta forma, vida y movimiento la imaginacion fascinada. Ora semejan las aceradas lanzas de un escuadron que huye á escape en desórden; ora los enhiestos plumajes, las ondeantes crines de una tribu de los hijos del desierto: tan pronto las agolpadas olas del Océano, abalanzándose unas tras otras, como los entreabiertos flancos de un dilatado valle: ya la estendida planicie de una llanura, ya las fragosidades, las asperezas, los precipicios y derrumbaderos de una sierra impenetrable... todo esto y mas ven los ojos, á medida que se hunden y recorren en todas direcciones, de Norte á Sur, de Este á Oeste el vasto horizonte que los circunda.

III.

El corazon mas frio, la imaginacion mas prosáica, ceden sin que se aperciban al irresistible influjo de las mil impresiones que en un momento sacuden y electrizan todo su ser. El melancólico ruido de los riachuelos y cascadas, el apagado murmullo del aura entre las hojas, el triste y melodioso gemido del mar cercano forman juntos una armonía, un misterioso lenguaje que el alma sola comprende, reconcentrándose y replegándose sobre sí misma, como si evocase los recuerdos mas íntimos, los afectos mas caros, los secretos mas recónditos de su existencia feliz ó desgraciada.

IV.

Aquel rumor confuso, purificándose á medida que se eleva de la tierra, como la oracion de los fieles al subir al trono del Altísimo, remeda el grito de todas las miserias y felicidades humanas; resuena como un himno lúgubre y báquico á la vez, que hace vibrar una á una todas las cuerdas del corazon, hondamente conmovido por el silencio de la noche, por la severa pompa y majestad de una naturaleza imponente y grandiosa, y sobre todo, por la inspiradora tristeza de la soledad y el misterio.

V.

Todo conspira para fascinarnos: las luces de las habitaciones distantes, esparcidas en redor, se confunden con las de millares de insectos luminosos que cruzan el aire á manera de estrellas volantes, y con las mismas estrellas del firmamento. Magnífico cuadro que nos trasporta á las regiones del infinito, y que nos haria creer que cruzábamos el espacio con las alas del Arcángel, si no viéramos de cuando en cuando clarear el horizonte ardientes ráfagas de lumbre, y argentar la desnuda peña que corona la aguda punta de la montaña, que sirve al viajero como de fanal y norte.

VI.

A medida que se sube, y al través de los claros que deja la arboleda en sus ásperas gargantas y caprichosas circunvalaciones, se ve en lontananza como una sábana de plata, el mar tranquilo, reflejando en sus aguas los innumerables pabellones y gallardetes de cien pueblos diversos; y allá hácia la barra, alguna que otra vela casi imperceptible, alguna pobre *jangada* (1) resbalando sobre la tersa faz del dormido elemento... resbalando como una exhalacion, circuida de un rocío de fuego, producido por el choque y efervescencia de las partículas fosfóricas de las ondas, que saltan en menudas chispas, al abrir paso á los cruzados leños que forman el batel, y al rápido impulso de la corta pala, que con tanta destreza como velocidad manejan los míseros negros pescadores, ansiosos de evitar las corrientes y la fuerza de la marea que los arroja á la costa.

VII.

Oh! cuántos golpes de vista sorprendentes, cuántos encantadores paisajes, que trasladados al lienzo dignamente bastarian para inmortalizar á un artista, capaz de concebir y espresar tales maravillas, no se presentan en los infinitos giros, vueltas y revueltas, subidas y bajadas que es forzoso dar antes de llegar al término del camino! Praía-Bermelha, la Gloria, Nicterohy, Catumby, Saô Christobâo, Ponta do Cayú, la Gavia, el jardin Botánico, la misma ciudad de Rio-Janeiro, con sus interminables y hendidos cerros, sus ostentosas calles, sus lujosos edificios, su hermoso campo de Santa Ana, su espléndido paseo sobre el mar, sus fortalezas é islas erizadas de cañones, sus pintorescos barrios de la Gamboa, Matacabalos y Botafogo, ofrece ancho campo para que campeen grandes y originales el genio y la inspiracion del poeta, brinda riquísimos y vírgenes colores para que el artista humedezca sus pinceles, y despierta ideas dignas de preocupar al pensador y al filósofo.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

BOCETO DE COSTUMBRES.

(*Conclusion.*)

III.

¡Qué sabio era el médico Don Trifon! entre todos sus libros solamente se hallaba uno castellano: *El arte de traducir el francés.*

Así como *le vino en mientes su remembranza* al secretario, corrió desalado á su casa, apenas rayante el dia, hízole saltar del lecho, y consultole el gran negocio de su visita. No pudo negar el médico que era arduo, y le brindó desde luego con su biblioteca, si por algo podia sacarle cumplido y airoso algun librote;—que así, dijo, se protegen y ayudan unos á otros los hombres de saber, si cumplen como deben las prémáticas y estatutos de su hermandad.

—Yo deseo, dijo el secretario, que si alguno reza, aunque sea tanto así no mas, de derecho público, me traduzca su

(1) Especie de batel compuesto de algunas vigas atravesadas y una vela latina.

(c) Ministerio de Cultura 2006

merced un parrafito, porque con citar una obra francesa ya ha de parecer maravilla mi leccion.

—Es el caso, contestó el doctor trasudando, que empresté ayer *El arte de traducir*...

—¡Malos años para mí que la fatalidad me persigue! ¿Y sin él no podriamos en un verbo, de memoria?... su merced recordará...

—Casi todos mis libros tratan de la medicina, y de aquí el que yo rarísima vez los abra, porque estudié á conciencia. Tampoco me seria muy fácil que digamos el traducir de corrido, por la misma razon; pero ayudado del *Arte*, con que su merced me diese treguas un par de dias...

—¿Cómo será, si hemos abierto ayer la matrícula para que comiencen esta noche las lecciones?

—Pues diga la cita en francés, que así parecerán su merced y ella mas sabihondos.

—Que es ocurrencia oportuna; pero ¿y si la digo mal?

—Aquí á la mano tengo escrita... por capricho (no vaya su merced á pensar)... la clave de la pronunciacion, que es como si dijéramos el *kristus* de la cartilla francesa. Vea su merced. *Ai* se pronuncia *e;* *au* y *eau*, *o;* aquí mas adelante tiene su merced los ejemplos bien claritos: *aimer* se pronuncia *emer*; y *Boileau*, *Bualó*. (Olvidéme de añadir que *oi* se pronuncia *ua*.) Cuenta que no diga su merced *Boileau* ni *Mirabeau*, verbigracia, pues aunque á pocos en el pueblo se les alcanza jota del francés, ya es cosa sabida por todo el mundo que se dice *Bualó* y *Mirabó*. Por lo demás nada importará un desliz en otras palabras insignificantes. Audacia, amigo mio, sobre todas las cosas, que la fortuna solo coge debajo á los temerosos.

—Oh! yo me tengo bien aprendido el refran: *Audaces fortuna juvát*. (Hasta uvas agraces da la fortuna.)

—Si sabe su merced latin, ya tiene andada la mitad del camino de la sabiduría.

—¿Que si lo sé? al dedillo. *Las Geórgicas* y *la Eneida* son tan conocidas mias como los padres que me engendraron. Yo fuí el que traduje aquel verso: *tytire, tu patule recubans sub tegmine fagi*, de esta manera elegante:—Tirio, tu espada solo penetra el tejido celular. (Se suple que habla un troyano.)

—¿Y empezarán esta noche las lecciones de derecho público?

—Sí señor. ¿Se ha matriculado su merced?

—No; pero voy á hacerlo. Tendrán que oir.

—Yo pienso que dure siquiera dos horas cada una.

—Hasta la noche pues, señor catedrático.

—Que no falte su merced. Me llevo un libro para aprender algun parrafillo de memoria.

IV.

A la caida de aquella tarde inundaron sus amigos la casa del secretario, que se ocupaba á la sazon asiduamente en hojear *Las Siete Partidas*. Cada uno sacó del bolsillo un papel, y lo puso sobre la mesa murmurando como quien regaña:

—¿Qué me mandaste aquí? ¡pues no faltaba mas!

Esta brusca aparicion y lo que significaba causaron á nuestro héroe tanta impresion

como la sombra de Bankuo
en el festin de Macbet.

—¿Me devolveis las papeletas de matrícula? esclamó todo alterado.

—Sí, porque quieres que las paguemos á peseta, precio exorbitante.

—Y porque todo el liceo junto no vale una peseta.

—Y porque no hemos de aprender en tus lecciones nada.

—¿Como así? gritó el secretario.

—Tú quieres lucirte y que nosotros lo paguemos.

—De esa manera yo tambien me meteria á persona.

—Pero ¿qué hemos de hacer, míseros, si el liceo no tiene fondos?

—No abrir cátedras.

—O abrirlas de balde.

—O dar dinero encima, que fuera lo mas acertado.

—Yo de mí diré que no pago la peseta.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues no pagueis, esclamó el secretario con orgullo. No pagueis, gente ruda, que derrochais en los cafés y en los lupanares vuestro dinero, y rehusais ahora el gastarlo acertadamente. Yo lo pagaré todo, y cuando vengais á darme las gracias por lo que os he de enseñar, podré recordaros que hice lo del sastre del Campillo, coser de balde y poner el hilo. ¿No os avergonzareis?

Ninguno dijo esta boca es mia.

Con esto los despidió, porque necesitaba estar solo con *Las Siete Partidas*, la *Historia Romana* y el libro francés.

El escribiente único y universal del ayuntamiento iba á serle taquígrafo. Acostumbrado á ver impresas en los periódicos de Madrid las lecciones pronunciadas en las sociedades literarias, tentole el diablo por imprimir tambien las suyas, y como no le fuese posible escribirlas por falta de tiempo, determinó de llevar el amanuense que las copiara á viva voz. Iba este pobre á sudar seguramente la gota tan gorda; acaso quedaria vencido en tan ardua empresa, pero una de las mayores virtudes, propiedad del genio, es amoldarse á las circunstancias, y el catedrático las dominó á todas como quien era. Bien que en salir con triunfo íbale la novia, y el afrentar á los amigos envidiosos, que hasta entonces le tuvieron por muy desmedrado en punto á letras, las del alfabeto inclusive.

Preparadas que tuvo sus notas, y aprendidos sus párrafos de los libros de marras, dió las primeras al escribiente, repasó los segundos á sus solas, y satisfecho con el exámen de sí mismo, se decidió á escribir esta epístola á su novia.

«Querida mia: Tú eres despreocupada como inteligencia superior, y *por ende* no te alcanzan los tiros de las lenguas murmuradoras. Nadie estrañará que como poetisa gustes de asistir á mis lecciones de derecho público... ¿Otorgarás esta merced á tu fino amante?»

Cuando la poetisa recibió esta carta, aprestábase ya á ir al liceo con el oficialito.

V.

Minutos antes de la ceremonia, el secretario y sus discípulos estaban reunidos en una de la poblacion... dígase taberna, con sus puntos y comas de café. Era un bravo establecimiento. Paredes ahumadas, cuadritos de almazarron,

donde están Abelardo y Eloisa
con justillo y en mangas de camisa,

como dice un poeta amigo mio; un reloj de cuco, tan cuco que enmudecia cuando le daba la gana; un mostrador á la izquierda lleno de vasos de vidrio, flanqueados por hasta dos docenas de botellas de colores, y en el fondo una mesa de villar desvencijada y toda trémula, como de perlesía. Para que mis lectores comprendan lo animado y festivo del cuadro, lo copio con su natural desnudez, sin quitarle ni ponerle á lo que tenia de sal y pimienta.

UN CALAVERON. Que traigan mas Jerez, que el catedrático paga.

EL SECRETARIO. ¿Sobre lo de las matrículas?

EL CALAVERON. Sino, retiro mi oferta. No quiero aprender derecho público.

EL SECRETARIO (*haciendo un gesto diabólico*). Mozo, ¡Jerez!

UN JÓVEN PÁLIDO Y ENTECO (*dandole una palmada en el hombro*). ¿Despacharás pronto? Cuenta que tengo una cita con la muger de...

EL SECRETARIO. Es asunto de una hora.

EL JÓVEN PÁLIDO. ¡Una hora! ¡adios! ¡adios!

EL SECRETARIO. Pero, hombre ¿cuándo tendrás otra ocasion de aprender derecho público?

EL JÓVEN (*con un ademan cínico*). ¿Qué me importa á mi de lo derecho ni de lo público? si fuera lo torcido y lo privado. (*Vase*).

EL SECRETARIO. ¡Imbecil! ¡estúpido! ¡anti-social! anti...

EL CALAVERA. ¡Ingrata Venús, cuán mal le paga! Hiciera como yo, mejor le estaria. ¿Mugeres? ni pintadas: ¿vino? por azumbres. Entre la mentira y la verdad, ¿quién no elige la borrachera?

SECRETARIO. ¿Y si te pones tal, que no puedas ir al liceo?

EL CALAVERA (*haciendo del enojado*). Eso dices porque no beba mas... ni bebere ni iré tampoco.

EL SECRETARIO. Al fin se saldrá con su tema.

VARIOS JÓVENES (*en otra mesa cercana hablando entre sí*). Ni tan siquiera nos dice que repitamos.

UNO. Y cuenta que yo soy el único que ha pagado la matrícula.

TODOS. Te se emplea por tonto.

EL BUEN PAGADOR. ¿Sí? pues vereis como ni una vez siquiera asistó en la cátedra; y ahora si consiente que yo pague mi gasto...—¡Mozo! ¿qué se debe en esta mesa? (*Todos se ponen de pié.*)

EL SECRETARIO. ¡Cómo! faltan minutos todavía y está cerca el liceo...

EL BUEN PAGADOR (*Como quien quiere y no quiere decir lo que dice.*) (*Al mozo*).¿Dos pesetas? (*Al catedrático*) Nosotros no podemos ir, porque...

EL SECRETARIO. No cobre V. eso, mozo. (*á sus amigos*) ¿Porque?...

EL BUEN PAGADOR (*cortado y guardándose su dinero*). Porque tenemos mal humor... y quehaceres... y...

EL SECRETARIO. Si me lo habeis prometido... ea, ea: sentaos todos y pasemos en amor y compaña el poco tiempo... ¡Mozo! ¡Jerez! Pues no faltaba otra cosa! (¿A qué me arruino esta noche?)

EL MÉDICO (*entrando*). Hola, señor secretario, ¿estamos ya listos? se acerca la hora (*á su oido*). ¿Qué tal? tomó V. algo del librejo?

EL SECRETARIO (*tambien en voz baja*). Sí: como diez renglones. Escuche V., ¿los digo bien?—*Dans l'anné*... (*El cuco dá las ocho.*)

TODOS (*levantandose*). Las ocho.

EL MÉDICO. Acabe V., que tiempo nos queda.

EL CALAVERON. Chico, ánimo, valor y miedo. Voy á beber otra copa á tu salud.

EL SECRETARIO. Mozo ¿cuánto te debo?—(¡Cáspita!) toma... (Cara me cuesta la cátedra). (*Al médico*).—Prosigamos:—*Dans l'anné*... (*Van saliendo.*)

EL CALAVERON (*misteriosamente*). Dinos en que ocasion te aplaudirémos.

EL SECRETARIO (*fingiendo rubor*). Chico, no alcanzarán tanto en justicia mis merecimientos... Trabajo, sí, debo de confesar que me cuesta cada leccion, pues ya para la de esta noche tuve que leer multitud de libros... y eso que es tortas y pan pintado la tal leccion si se piensa en las futuras; pero el público no ha de juzgar de las obras por el trabajo que cuestan, sino por su intrínseco valor.

TODOS (*En el Liceo*). Ya hemos llegado.—Tú, á tus preparativos; nosotros á nuestras sillas.

EL CALAVERON (*á los demás*). No debemos de aplaudirle, que dirá que nos compró con dos duros.

TODOS. ¿Aplausos? ¡bueno es eso! Imparcialidad sobre todas las cosas. Nos pondriamos en ridículo, porque va á salir con las manos en la cabeza. ¿Quién le mete á él en estos berengenales? ¡Tan necio! ¡tan ignorante! ¡tan fatuo!

VI.

La concurrencia en todo, pasados veinte minutos, no era muy numerosa que digamos. Cuatro discípulos, el médico, la poetisa, el oficial y el escribiente taquígrafo honorario.

Alzose una cortina verde, que era por cierto la bayeta de una camilla, velo de aquel templo de ilustracion; salió como temeroso el secretario de las habitaciones interiores, y fué á sentarse á la mesa, adonde corrió en seguida el escribiente. El alcalde y los *ricos-homes* del liceo tambien se dejaron ver, descorrida la cortina, en sendos sillones de baqueta á guisa de presidentes, con lo que pudo comenzar la leccion.

Sudaba el secretario la gota tan gorda, con los ojos clavados en el techo de la sala. Púsose de pié veinte veces y otras tantas volvió á caer en su sillon anonadado. Las citas que tenia aprendidas se le trabucaron de tal modo en la memoria que estuvo á dos dedos de comenzar en francés; pero reprimióse y comenzó al fin por este son y arremetida:

«Señores: honra como la que me dispensa tan numeroso público...»

El numeroso público, cuyas tragaderas no pudieron pasar tamaña píldora, contestó con una sonrisa general, es decir, multiplicada por once, á esta adulacion. Hizo el alcalde un gesto por estilo de los que hacia en las corridas de novillos para que dieran paso á los cabestros, con que el catedrático pudo terminar su exordio y proseguir de esta manera:

«Señores, como se comprende bien leyendo la *Historia Romana*, se encuentra la fuente del derecho público entre los primeros hombres, en el mismo paraiso terrenal. Adan y Eva, aunque por ser dos personas solamente no eran público, lo que se llama público, para el derecho Eva...»

—¿Eva dijiste? gritó el calaveron como loco: chico, que te diviertas; bien sabes que no quiero ni oir hablar de mugeres.

Y salió del liceo como perro con maza.

Rió el *numeroso* público esta ocurrencia, y lo mas sensible al catedrático fué que la poetisa y el oficialito se desternillaron tambien, sin tanto así de respeto á lo venerable del lugar ni á lo solemne de la ocasion.

Mas de cien veces alzó la voz para dominar el murmullo; pero quedó vencido y abochornado. Furioso entonces de celos y de cólera, comenzó á gritar ensartandolas en infernal letanía tales y tantas palabras inconexas, que el escribiente se repantigó en su silla, diciéndole muy de sorna, con la pluma entre los labios:

—Si hay prisa corra V. solo, que yo soy mula de alquiler.

Golpe tal acabó de abrumarle, y al ver desencajado el efecto que producia en la *multitud*, túvose por hombre muerto en su *debut* oratorio. No sudor, sino sangre, y mas si es posible, le inundaba el rostro; pero aunque perdido el hilo de su discurso no se sentia fuerte á soltar el ovillo; y con voz y ademanes de sibila habló de nuevo lo que nadie, hasta la hora presente, ha logrado comprender. Al cabo de diez minutos la concurrencia le escuchaba pendiente de sus labios, y sacando entonces fuerzas de flaqueza, murmuró, para humillarla con su erudicion, la cita francesa consabida, cita que hizo soltar la carcajada al oficialito y á la poetisa, y ponerse de pié al estulto médico, para decir con voz de docto:

—Amigo mio, ha equivocado V. la obra; esa á que alude es de veterinaria, por cuanto la cita, vuelta en castellano, dice: «El año pasado curé á un borrico, etc., etc.»

—¿Pues no se trataba de Adan? dijo cándidamente la poetisa en voz bien clara.

—No, que hablaba de sí mismo, apuntó su adlátere el de las charreteras.

CONCLUSION.

Acabó la primera leccion de derecho público como el rosario de la Aurora. Salieron ciegos de ira del foco de luz, el oficialito y el catedrático á alumbrarse con sendas teas toledanas, de lo que resultó que vinieron á ser las pérdidas del último tales y tantas, como la novia (aunque esta fué ganancia que no pérdida), la opinion, y no pequeña parte del pellejo; todo sobre la secretaría, que perdió al saber el alcalde el desafio. Justicia de énero no se casa con nadie.

No pararon aquí sus desventuras. Como ya no tenia oficio ni beneficio, y le habia costado tanto el atreverse con las letras, determinó de sacarlas en desquite el jugo: vínose á Madrid, y de redaccion en redaccion y de buhardilla en buhardilla, acabó por morirse de hambre, justamente cuando amaestrado en la desgracia, iba *prometiendo* para el derecho público... es decir, para el derecho que tiene el público á reirse de los tontos.

VICENTE BARRANTES.

ORDENES RELIGIOSAS.

La historia que tan minuciosamente nos refiere los acontecimientos trágicos de los pueblos belicosos, la destruccion de las ciudades, el incendio de los pueblos, los horrores de las guerras fratricidas, y otras mil escenas de desolacion y de espanto que debieran desaparecer de sus páginas, nada nos dice del orígen del monacato. Sigue paso á paso á los héroes y conquistadores, y nos da cuenta hasta de sus mas insignificantes acciones, investigando con estraordinaria proligidad el punto de donde proceden, y no nos dicen cuál fué la cuna de esos héroes, que sin mas armas que el Evangelio, lucharon denodadamente contra los mas poderosos tiranos, y arrostraron la muerte con asombrosa impavidez por defender sus doctrinas; de esos conquistadores que impulsados por su fé atravesaron los mares, recorrieron los desiertos, y penetraron en las regiones mas apartadas y mas bárbaras, para predicar las verdades de la religion. Pero lo que mas nos admira es, que habiendo sido esos mismos monjes por tanto tiempo los depositarios de las ciencias, y debiéndose á su solicitud y esmero el conocimiento de muchos hechos históricos, no tuvieran cuidado de darnos noticia del principio de aquella vida que profesaban. Solo puede disculparse este olvido, considerando que aquellos padres se dejaron guiar por el espíritu de la época, que favorecia únicamente los instintos guerreros, y relegaba todo lo que hiciera relacion á instituciones pacíficas y benéficas, ó tal vez porque su escesiva modestia no les permitia ocuparse de sí propios. Sea cualquiera la causa de esta omision, lo cierto es que este punto tan interesante de la historia eclesiástica y aun de la general de los pueblos cristianos, ha quedado rodeada de la mayor oscuridad, y entre tantas dudas y contradicciones, entre tan diversos pareceres y encontradas opiniones, no es posible señalar exactamente la época en que tuvo principio la vida contemplativa.

Faltando una base sólida, como hemos indicado, tenian necesariamente que dividirse los escritores eclesiásticos, y apoyarse cada uno en los fundamentos que á su parecer fueran mas verdaderos. De aquí ha provenido que unos sostengan que esta institucion se conoció desde los primeros tiempos del cristianismo, y aun que tuvo principio desde la predicacion de los apóstoles; que afirmen otros que no hubo en la Iglesia verdaderos monjes hasta la paz de Constantino; y que algunos, adoptando un término medio, aseguren que empezaron antes de Constantino, pero no en tan remota época como quieren los primeros.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Creemos lo mas probable que la vida eremítica tendria principio desde el primer siglo, porque así como los galos tuvieron sus druidas, los habitantes de la India sus gimnosofistas, los griegos sus cínicos y los judios sus recabitas, esenos y terapeutas, no dejarian los cristianos de tener algunos, que deseando mayor perfeccion se dedicaran al retiro y á la oracion. ¿Y no debian ejercitar las prácticas de mayor austeridad los adoradores del verdadero Dios, cuando los paganos las observaban en obsequio de sus falsas divinidades? ¿Y no habia de haber doncellas cristianas que conservaran su virginidad, cuando hacian el mismo voto las sacerdotisas de una diosa imaginaria?

Un autor francés nos dice, tratando de este asunto (1): «Así como se ha remontado desde San Antonio hasta San Pablo ermitaño, se podria todavía subir mas alla, y formar una serie de esta santa institucion, durante los tres primeros siglos; pero á decir verdad, este encadenamiento es imaginario; la historia nada nos dice de esta continuacion, que solo se apoya en congeturas. A esto es preciso añadir, que estos solitarios de los tres primeros siglos no han formado discípulos, no han abierto escuelas, no han tenido ninguna regla, no se han distinguido por sus vestidos, no han formado un cuérpo diferente de los legos y del clero: lo que no puede decirse de San Antonio y sus imitadores». Indudablemente queria este autor que el monacato se instituyera con una perfeccion, que solo adquirió algunos siglos después; exigia para los primeros ermitaños mayores condiciones que para los que él designa como fundadores. Pero confiesa que en los tres primeros siglos hubo solitarios, é implícitamente consigna que los que denomina como verdaderos padres de la institucion no hicieron mas que reformarla, no hicieron mas que dar una regla, para que aquellos que ya se dedicaban á esta vida, pudieran conseguir el fin que se propusieran con mayor perfeccion. El primer período de toda institucion, y mucho mas de esta, que dimana de doctrinas nuevas de una religion, que obraba una completa trasformacion en el universo, tenia que estar en embrion, por decirlo así, y solo á fuerza de reformas y hábil direccion podia adquirir completo desarrollo.

El mismo nombre con que se les designó, *monachus*, formado de dos palabras griegas, cuya verdadera significacion es *unus tristis* (2) nos manifiesta, que al principio vivieron solos y sin sujecion á regla.

Tampoco juzgan con mucha exactitud los que creen, que la vida monástica debe su orígen á la retirada de los cristianos á las catacumbas y lugares solitarios, para evitar el furor de las persecuciones. Si tal hubiera sido el principio, no se hubiera aplicado á los que profesaban esta vida el *unus tristis*, porque no era uno solo el que se retiraba, no era uno solo el que se encerraba, sino que eran familias enteras las que huian de la cuchilla de los tiranos. En este estado no era fácil que pudieran apreciar las ventajas de una vida de recogimiento, de que no podian disfrutar por la inseguridad en que estaban; y restablecida la calma no pudieron establecer una institucion, que puede decirse no conocieron.

Los que afirman que la vida monástica tuvo principio después de la paz universal de la Iglesia, y fijan su establecimiento en 328, no han reparado tal vez, que el Emperador Constantino ensalzó la virginidad evangélica, por un nuevo privilegio, como dice Le Beau (3), concediendo á los de ambos sexos que se hubieran consagrado á ella, la facultad de testar, aun antes de la edad fijada por las leyes. Si concedió nuevos privilegios á los que profesaban esta vida, si no hace mencion de ella como una novedad, y si la causa impulsiva de esta gracia fué que los cristianos no fueran de peor condicion que los paganos, que concedian esos mismos derechos á los vestales, es indudable que puede sostenerse que su orígen sube mas allá de esta época.

Musantii en sus *Tablas cronológicas* (4) viene casi reasumiendo los fundamentos de los que sostienen esta opinion. En el siglo I dice lo siguiente: *Esseni, sive Jessæi Alexandriæ, ut quibusdam visum est Religiosi.—S. Dionisius Areopagita Monasticæ professionis meminit. C. 6. Ec. Hier.* En el II: *Ritus in sacris virginibus velandis et consecrandis decreti á Pio I.—S. Narcissus. Hierosolym. Ep. Anachoreticam vitam degit* 199. En el III: *S. Cyprianus librum scribit de virginum disciplina, S. Dionysius ex Monacho Rom. Pont.* 261 *docet, jam tum Monachos sacris honoribus aonari consuevisse.*

La misma incertidumbre existe acerca de su establecimiento en España. El académico Siles (5) nos dice, que la cuna de la vida monástica ó solitaria entre los antiguos españoles, no parece puede retrasarse mas allá de la mitad del siglo IV de la Iglesia. Otros autores (6) nos indican que se conocieron primero eremitas ó solitarios; pero no parece se manifiestan tampoco muy dispuestos á elevar el establecimiento del monacato, entre nosotros, mas allá de la época enunciada.

Imposible nos parece que en España, que habia tenido la dicha de oir las verdades de la religion de boca de los mismos apóstoles, que fué de las primeras naciones que vió regado su suelo con la sangre de los mártires (7), no se hubieran adoptado las prácticas severas de la vida solitaria así que tuvo principio en Oriente. Un autor estranjero (8) afirma, que al comenzar el siglo IV solo habia un corto número de cristianos en España, y que entonces fué cuando se vieron aparecer los obispos y pastores. Si esto fuera cierto, no deberia estrañarnos que no se conocieran entonces ni cenobitas, ni ermitaños, ni ningun otro de los que profesaban la vida solitaria. Pero nada mas inexacto que esta asercion; para combatirla nos valdremos de las palabras de un distinguido académico (1): «Si tantos testimonios auténticos, dice, no certificaran del gran número de fieles que habia en España en el siglo III, si las actas de los mártires de aquel tiempo no estuvieran tan llenas de nombres españoles, y si no se hubieran hecho conocer ya en aquel siglo los nombres de tantos obispos, los unos como impugnadores de heregías, algunos, como Marcial y Batilides, en sentido menos favorable, acreditarialo sobradamente el concilio de Iliberis, incontestablemente anterior al de Nicea, acaso tambien al advenimiento de Constantino, y tal vez celebrado en el año mismo de 300, segun Tillemont y los monjes de S. Mauro. Diez y nueve obispos asistieron á esta asamblea religiosa, y sin que estuviera ya muy difundida por España la doctrina de la fé, ni hubieran podido congregarse tantos dignos prelados, entre ellos el eruditísimo Osio, ni se hubieran hecho aquellos célebres cánones, aquellas disposiciones disciplinarias en que se revela la fuerza que habia adquirido ya el cristianismo en España, á pesar de los obstáculos que una persecucion ruda y reciente habia opuesto á sus progresos.»

Ese mismo concilio de Iliberis ó Elvira (2) nos habla de vírgenes consagradas á Dios, que solian vivir en las casas del obispo ó de algun sacerdote. ¿Y no es probable que hubiera tambien varones dedicados á la vida contemplativa? No estarian en cenobios, no vivirian en comunidad, pero ocuparian las ermitas y se entregarian á la oracion en los lugares solitarios. Este que indudablemente fué el primer estado de la vida monástica, se conoció tambien en España, y como justificacion tenemos todavía esas ermitas, que se veneran como recuerdos del tiempo primitivo. El doctor Ferreras cree que por este tiempo habia ya monjes que vivian en comunidad, y conjetura que pudo traerlos del Oriente el obispo Osio, cuando concurrió al concilio de Rímini.

Todavía se presentan otras dos bases sólidas, indestructibles en apoyo de esa opinion. El canon VI del concilio de Zaragoza, celebrado en 380, prohibe á los clérigos dejar su monasterio con el pretesto de abrazar una vida mas perfecta en la profesion monástica; ¿y se podia decir que esta institucion, que en 380 se miraba como de estraordinaria perfeccion que causaba el abandono del estado eclesiástico por abrazarla, habia tenido principio en la mitad del siglo IV, es decir, en la época de este concilio? Muy raras han sido las instituciones de que se ha hecho mencion en las disposiciones legislativas desde el tiempo mismo en que se formaron. La ley no fija en ella sus mirada, hasta que necesitan proteccion ó correctivo; hasta que el número de individuos que las profesan necesita una garantia ó una salvaguardia que les permitia ejercer esas prácticas, ó una reprension que les prohiba estenderlas de un modo abusivo.

Este mismo concilio nos presenta tambien el canon VIII para robustecer esta opinion. En él se dice que no se dé el velo á las vírgenes consagradas á Dios hasta la edad de cuarenta años, y que esto se haga con autoridad del obispo. Creemos inútil hacer reflexiones acerca de un disposicion, que manifiesta de una manera ostensible que la consagracion á Dios en las mugeres no era práctica que empezara á observarse desde entonces (3).

No citaremos ya mas que un documento, que puede considerarse como precioso, porque es el primero en su género, y el que comenzó esa serie de decretales de los pontífices, tan importantes en la historia eclesiástica y necesarias para la inteligencia de muchos hechos de la historia universal. Hablamos de la carta del Papa S. Siricio á Homerio, obispo de Tarragona, escrita en este mismo tiempo, y en la que habla ya de las comunidades religiosas de ambos sexos como establecidas hacia tiempo en España. Pero como no hay ni hecho, ni dicho ni documento histórico que no haya sufrido impugnacion mas ó menos fuerte, no pudo librarse esta decretal del crisol de la critica, y se ha dicho que escribiria así por parecerle que en España se habia adoptado la costumbre de la Iglesia de Roma, donde ya se habian establecido algunos monasterios (4).

Tiempo es ya que hablemos de las constituciones de esos antiguos cenobitas, y de las variaciones que este instituto fué esperimentando hasta llegar al punto en que últimamente le hemos conocido. En los primeros tiempos, como ya hemos dicho, no hubo mas que ermitaños ó anacoretas, que habitaban en los desiertos una celda ó ermita, que no estaban sujetos á regla, y no reconocian superior. Después se trasformaron en cenobitas, y aunque habitaban las mismas ermitas y se ocupaban en la vida contemplativa, tenian un superior y observaban ya las prescripciones de una regla.

Desde aquí se pasó á la formacion de monasterios, en que así como en el desierto, eran todos legos. San Jerónimo nos dice, que en cada casa vivian treinta ó cuarenta, y que treinta ó cuarenta de estas casas componian un monasterio. Dependian de los obispos, y se reunian los domingos en un oratorio comun, donde les decia misa un sacerdote estraño. Cada monasterio tenia un abad, cada casa un superior, y cada diez monjes un decano. Sus principales ocupaciones eran la meditacion, leccion espiritual y trabajo corporal. Trabajaban seis horas al dia, tres por la mañana y tres por la tarde; otras tres se empleaban en ejercicios espirituales, y otras tres en comer y descansar: las horas de la noche tambien estaban distribuidas entre el descanso y la oracion. El trabajo de manos se hacia por todos y se entregaba al superior, para que le vendiese y emplease su producto en mantener los monjes. La comida era de yerbas y legumbres; solo en los dias de fiesta se permitia un poco de carne. En los meses de mayor calor se comia y cenaba; pero en lo restante del año solo habia cena, y en los dias de ayuno pan y agua; y mientras comian se leia la Sagrada Escritura. Dormian cada diez en una estancia con un decano, sobre camas de estera y pieles, y vestidos con una túnica grosera, pues no podian llevar ropa de hilo. Todo su ajuar se componia de tres túnicas, un capuz, dos capas ligeras y una pesada, un capotillo para dentro de casa, sandalias para el verano, y zapatos para el invierno (1).

Como en esta época las casas religiosas eran los verdaderos asilos de la virtud, y los que allí se refugiaban estaban al abrigo de todas las pasiones, no hubo dificultad en la formacion de monasterios dúplices en que se albergaban religiosos de ambos sexos, que tenian empero la conveniente separacion para que no pudieran ni aun verse (2). A pesar de esto resultaron algunos inconvenientes de esta proximidad, y el papa Pascual II escribió en 1103 al arzobispo de Santiago que no convenia hubiese semejantes monasterios, y que en lo sucesivo no permitiese tales fundaciones (3).

Aquella austeridad de los primeros monjes, aquella vida tan ejemplar y tan ascética, libre de pasiones, despojados de ambiciones de ningun género, y sin los estímulos que si bien impulsan á los hombres á las grandes acciones son tambien causa de grandes crímenes, y casi siempre de continuo pesar, habia de producir necesariamente universal admiracion, y todos á porfía se dedicaron á proteger y fomentar esta institucion, que formaba un estado tan perfecto, un término medio entre el cielo y la tierra, donde únicamente se encontraba la verdadera felicidad. De aquí provinieron las inmensas oblaciones que recibieron los monjes, y siguieron después esas pingües y abundantes donaciones, que les pusieron al abrigo de todas las necesidades, y que les libraron del trabajo corporal para procurarse el sustento.

Entonces pudieron ocuparse con mas fruto y de una manera mas adecuada á su estado é institucion. El pasto espiritual de las almas en varias parroquias que corrian á su cargo, el cuidado y asistencia de los enfermos en hospitales que estaban anejos á los monasterios (4), el estudio y la anotacion de los mas notables hechos históricos, fuéron las ocupaciones á que se dedicaron, bajo la direccion de piadosos y santos abades.

Mas cuando parecia que tenian asegurada la paz y tranquilidad, y que nada debia alterar sus ánimos, empezó una serie de tribulaciones. La corrupcion, esa hidra de la sociedad, que cual la terrible parca recorre desde la mísera choza hasta los lugares mas santos, penetró en los cláustros, y fué preciso que los padres mas venerables establecieran varias reformas, calcadas sobre las primeras bases de la institucion, y cuyo principal objeto era la conservacion de la antigua severidad de costumbres.

Hácia este tiempo empezaron otros religiosos, que recordando la época primitiva, se mantenian solo de las limosnas que les proporcionaba la caridad, y formaron las órdenes mendicantes, á las que se denominó generalmente frailes, es decir, *fratres*.

D. Juan I deseó que esta reforma se practicase de una manera edificante, y convencido de que nada habia mas eficaz que el ejemplo, fundó un monasterio de Benedictinos en el Alcázar viejo de Valladolid, y dispuso que los que allí entraran hicieran voto de clausura; de manera que jamás volvieran á salir del recinto del claustro (5). Así consta de una bula espedida en Aviñon en 28 de diciembre de 1390 (6).

Esta reforma parcial, aislada, y que como hemos dicho, no era mas que un ejemplo, ni tenia otro objeto que servir de modelo, no pudo restablecer la observancia de la disciplina, que se habia ido debilitando gradualmente. Los monjes, que por las riquezas que acumularon y el prestigio que les concedia el espíritu de aquellos siglos, habian llegado al apogeo de la consideracion y del poder, olvidaban el objeto primordial de su instituto. Pero no era estraño que esto aconteciese, cuando las órdenes menores ó de observantes, que solo se mantenian de la limosna de los fieles, por su estraordinaria multiplicacion y por el continuo trato con las gentes del siglo, llegaron á participar del contagio.

Estos males llegaron á tener completo remedio. Los reyes que habian adquirido el renombre de católicos, y que hicieron cambiar del todo la faz de la monarquía, no podian desatender esa institucion, entonces tan importante, y solicitaron de la Santa Sede que se procediera á la reforma de todas las órdenes, y que se arreglara de forma que pudiera dar felices y positivos resultados. Su pensamiento se llevó á cabo, y desde entonces quedaron las órdenes religiosas constituidas en la forma que últimamente las hemos conocido.

J. FERNANDEZ LLAMAZARES.

(1) Thomassin, *Traité de la discipline*, part. 1.ª, lib. I, cap. XLVI.
(2) Aguoscat nomen suum; monos enim græcè, latinè est unus, achos græcè; latine tristis sonat; inde dicitur monachus, id est, unus tristis; sedeat ergo tristis, et officio suo valet. Can. placuit. 16, g. 1. Isid. Etym lib. VII, cap. XIII.
(3) Histoire du Bas Empire, tom. I, pág. 316.
(4) Tabulæ cronologicæ Jo. Dominici Musantii Septimæ ætatis tabula X, pág. 101.
(5) *Investigaciones históricas sobre el origen y progresos del monacato español.* Memorias de la Academia, t. VII.
(6) Masdeu, *Historia crítica de España*, t. XI, pág. 320. Villodas, *Análisis de las antigüedades eclesiásticas de España*, t. I, pág. 96.
(7) Casi en la mitad del siglo primero tuvo mártires España, pues en la persecucion movida el año 64 padeció martirio S. Segundo y otros innumerables mártires, cuyas actas ignoramos. Euseb. *de Vit. Constant.* lib. III, cap. I, edit. Cantabrig, pág. 576.—*Rentas eclesiásticas de la Iglesia de España*, pág. 20.
(8) Romey, *Hist. de Espagne*, cap. X.

(1) Lafuente *Historia general de España*, t. II, pág. 189.
(2) Casi. XIII y XXVII.
(3) Siecles chretiens 1.°, pág. 614
(4) *Antigüedades eclesiásticas de España*, por Villodas, t. 1.°, pág. 97.

(1) Regula Monach., pág. 535 y sigs.—Casiano, *de institutos cœnobiorum*, pág. 8 y sigs.
(2) Quia claustra fœminarum á cellulis Monachorum atris interietis, sparata maceriis. S Eulog. Memor, lib. III, cap. X.
(3) Berganza, *Antigüedades de España*, t. I, cap. IX, pág. 213.
(4) Berganza, 1.°.
(5) Berganza, lib. VII, cap. VIII, t. II, pág. 215.
(6) Bull. Benedict. privil. 24.

Remedio contra la hidrofobia.

La multitud de accidentes desgraciados ocurridos por mordeduras de perros rabiosos, han llamado la atencion de los mejores facultativos de Europa, sobre los medios de prevenir y de curar la enfermedad mas cruel que puede esperimentar el hombre. Se han preconizado muchos remedios como eficaces, pero nosotros nos limitaremos á copiar parte de una carta de Mr. Gondet, jefe del distrito de Tolosa.

«En 1827 recorrió un perro rabioso todas las cercanías de la ciudad y mordió á muchos perros, entre los cuales se contaba uno mio: tambien mordió á un jóven de veinte años, que espiró al mes en el hospital del Hotel-Dieu, con todos los síntomas de hidrofobia.

»Apenas supe el accidente ocurrido á mi perro, cuando traté de matarlo; pero me disuadió de este propósito un fraile de la célebre abadía de la Gran-Selva, que me dió la siguiente receta.

»Se toman sesenta gramas de raiz fresca de iris germánico: después de lavada con esmero se corta en pedacitos y se frien en grasa de ballena ó en manteca. Después de blanda, se mezclan á dicha raiz dos ó tres huevos y se hace con todo una especie de tortilla sin sal, que debe comer la persona mordida. Se repite el remedio tres dias, con la seguridad de que no se presentará la hidrofobia.

»El monje me aseguró que muchas personas atacadas ostensiblemente de la enfermedad se habian curado perfectamente con el mismo remedio».

(c) Ministerio de Cultura 2006

BLANCA DE BEAULIEU.

POR A. DUMAS.

IV.

No habia un instante que perder, y los dos amigos se dirigieron á la casa que ocupaba el procónsul de Nantes. Marceau cogió maquinalmente sus pistolas, las ocultó bajo el uniforme, y corrió á la habitacion del que tenia entre sus manos la suerte de Blanca. Su amigo le siguió sosegado, aunque dispuesto á defenderle en caso necesario y á arriesgar su vida con la misma sangre fria que en el campo de batalla. Pero el diputado de la montaña sabia perfectamente lo mucho que era execrado, para dejar de desconfiar, y ni instancias ni amenazas pudieron obtener una entrevista para los dos generales.

Marceau bajó á la calle con mas tranquilidad de la que hubiera creido su amigo. Parecia haber adoptado un nuevo proyecto, que maduraba precipitadamente, y no pudo dudar de él el general Dumas, supuesto que recibió de su amigo el encargo de que fuese á la casa de postas y de que volviese á esperarle en la puerta de Bouffais con caballos y un carruaje.

La graduacion y el nombre de Marceau le abrieron la entrada en aquella prision: al punto mandó al carcelero que le guiase al calabozo en que Blanca estaba encerrada. El carcelero dudó, pero Marceau reiteró la órden imperiosamente y fué obedecido.

—No está sola, dijo el carcelero abriendo la puerta baja de un encierro, cuya oscuridad hizo estremecer al general; pero no tardarán en desembarazarla de su compañero, porque hoy debe ser guillotinado.

Hablando así volvió á cerrar la puerta, no sin suplicar antes á Marceau que abreviase una visita que podia comprometerle.

Aturdido aun por la súbita transicion del dia á la noche, estendia Marceau sus brazos como un hombre que sueña, procurando pronunciar el nombre de Blanca, que no podia articular, y sin conseguir ver los objetos en medio de aquellas tinieblas. Oyó un grito, y la jóven se arrojó á sus brazos, pues le habia reconocido.

Blanca de Beaulieu.

Se arrojó en sus brazos, porque hubo un instante en que el terror la hizo olvidar su edad y su sexo. Tratábase únicamente de la vida ó de la muerte: se agarró á él como el náufrago se ase á una roca, sollozando dolorosamente.

—¡Ah! Ya veo que no me habeis abandonado, esclamó al fin. Me han preso, me han arrastrado aquí. Entre la multitud que me rodeaba, he visto á Tinguy, y he gritado: ¡Marceau! ¡Marceau! Tinguy ha desaparecido. ¡Oh! ya no esperaba veros, y... ahora no me dejareis sola, ¿no es verdad? Me sacareis de este encierro...

—Quisiera, aun cuando me costase toda mi sangre, sacaros ahora mismo, pero...

—Tocad esas húmedas paredes y esa paja infestada: vos que sois general, no podeis...

—Blanca, hé aquí lo que puedo: llamar á esa puerta, levantar la tapa de los sesos al carcelero, llevaros al patio, haceros ver el cielo y respirar el aire y hacerme matar defendiéndoos; pero después que yo muera, os volverán á encerrar y no habrá hombre en el mundo que pueda salvaros.

—¿Pero lo podeis vos?

—Tal vez.

—¿Pronto?

—Dos dias, Blanca, os pido dos dias; pero contestadme á una pregunta de la cual dependen vuestra vida y la mia. Responded como responderiais á Dios. Blanca, ¿me amais?

—¿Es esta ocasion, es este sitio á propósito para que me hagais tal pregunta y pueda yo responder á ella? ¿Creeis que estas paredes hayan oido muchas declaraciones de amor?

—Sí, esta es la ocasion, porque estamos entre la vida y la muerte, entre la existencia y la eternidad. Blanca, apresúrate á responderme; cada instante nos roba un dia, y cada hora un año. Blanca ¿me amas?

—¡Oh! sí, sí.

Estas palabras salieron del corazon de la jóven, que ocultó su rostro en el pecho de Marceau.

—Pues bien, Blanca, es preciso que ahora mismo me aceptes por tu esposo.

La jóven se estremeció y dijo:

—¿Cuál es vuestro intento?

—Arrancarte de la muerte; veremos si se atreven á conducir al cadalso á la esposa de un general republicano.

Entonces comprendió Blanca todo su pensamiento, y tembló al considerar los riesgos á que su amante se esponia por salvarla. Su amor adquirió mayores quilates; pero reuniendo al mismo tiempo toda su entereza, dijo:

—Es imposible.

—¡Imposible! repuso Marceau ¿Qué obstáculo puede interponerse entre nosotros y la felicidad, supuesto que acabas de confesar que me amas? ¿Crees que me propongo divertirme?

—No, pero si el título de esposa tuya no consigue salvarme te perderá.

—¡Y es ese el único motivo que te obliga á desechar el solo medio que nos queda! Escúchame, Blanca, yo te amo desde que te vi, ese amor se ha convertido en una pasion que absorbe mi existencia. Pues bien, tu suerte será la mia, el cadalso ó la felicidad: no me separaré de ti, y si te arrancan de mis brazos, gritaré *¡Viva el rey!* y estas palabras me abrirán las puertas de tu calabozo, del cual saldremos juntos para la eternidad.

—No, no: vete, déjame por el cielo.

—¡Que te deje! Mira lo que dices y lo que deseas, porque si salgo de aquí sin que seas mia, sin que me hayas concedido el derecho de defenderte, iré á buscar á tu padre, en quien no piensas, y le diré: «Anciano, tu hija pudo salvarse y no ha querido hacerlo; ha preferido que trascurran tus últimos dias entre lágrimas y duelo, y que su sangre salpique tus blancos cabellos. Llora, anciano, llora: no porque tu hija ha muerto, sino porque no te amaba lo bastante para vivir.

Marceau se habia separado de Blanca, y esta yacia de rodillas á pocos pasos de él, que recorria el calabozo con los dientes apretados, los brazos sobre el pecho y la sonrisa de un loco ó de un condenado. Oyó los sollozos de su amada, llenáronse sus ojos de lágrimas, y dejó caer los brazos sin fuerzas.

—¡Oh! Por lo mas sagrado del cielo y de la tierra, por las cenizas de tu madre, consiente, Blanca, en ser mi esposa; es preciso y debes hacerlo.

—Debes hacerlo, jóven, pronunció una voz que les hizo estremecer. Debes hacerlo, porque es el único medio de que conserves una vida que ahora empieza; la religion te lo ordena, y yo estoy dispuesto á bendecir vuestra union.

Volviose Marceau admirado, y reconoció al cura de Santa María de Rhé, que hacia parte de la reunion que él habia deshecho la noche en que Blanca quedó prisionera suya.

—¡Padre mio! esclamó, obtened de ella que consienta en vivir.

—Blanca de Beaulieu, repuso el sacerdote con acento solemne, en nombre de tu padre á quien mi edad y la amistad que nos unia me conceden el derecho de representar, te aconsejo que cedas á las instancias de este jóven; porque tu padre mismo, si estuviese aquí haria lo que yo hago.

Blanca parecia agitada de mil sentimientos contrarios: abrazó por fin á Marceau diciendo:—No tengo fuerzas bastantes para resistir mas tiempo: Marceau, te amo, te amo, y soy tu esposa.

Uniéronse sus labios. Marceau se hallaba en el colmo de la felicidad y todo lo olvidaba. La voz del sacerdote le sacó de su éstasis.

—Apresuraos, hijos mios, les dijo, porque mis instantes estan contados en la tierra, y si tardais mucho solo podré bendeciros desde el cielo.

Los dos amantes se estremecieron, porque estas palabras les recordaron la realidad de las cosas.

—¡Ay amigo mio! esclamó Blanca; ¡qué momento hemos elegido para unirnos! ¡Qué templo para un himeneo! ¿Crees tú que podamos vivir mucho tiempo? ¿Que pueda ser duradera una union celebrada bajo estas bóvedas sombrías?

Marceau se estremeció, porque tambien se hallaba dominado por un terror supersticioso. Condujo á Blanca hácia un sitio del calabozo, en que la claridad penetrando entre los barrotes cruzados de un angosto respiradero, hacia menos espesas las tinieblas: allí se arrodillaron los dos amantes esperando la bendicion del sacerdote.

Este estendió los brazos y pronunció las palabras sacramentales. Al mismo tiempo se dejó oir hácia el corredor un ruido de armas, y Blanca asustada se refugió en los brazos de Marceau.

—¿Me vendrán á buscar? esclamó ¡Ah! ¡cuán horrible me seria la muerte en este instante!

El jóven general corrió á la puerta con una pistola en cada mano, y los soldados sorprendidos retrocedieron.

—Tranquilizaos, les dijo el sacerdote; á mí es á quien buscan, porque yo soy el que va á morir.

Los soldados le rodearon, y él dijo á los nuevos esposos:

—Hijos mios, de rodillas, porque con un pié en el sepulcro os bendigo, y la bendicion de un moribundo es sagrada.

El sacerdote sacó del pecho un Crucifijo que habia conseguido ocultar á la vigilancia de los guardianes, lo estendió hácia ellos y los bendijo. En aquel momento solemne los soldados y los esbirros creyeron en Dios.

En seguida dijo el cura vendeano:

—Marchemos.

Después que lo llevaron, volviose á cerrar la puerta, y Blanca dijo estrechando á Marceau entre sus brazos:

—¡Ah! si me abandonas y vienen á buscarme, si no te tengo á mi lado para que me defiendas, ¿no consideras las angustias que debo pasar en el cadalso cuando te llame y no me respondas? ¡No te vayas! Yo me arrojaré á sus piés, les diré que no soy culpable, que me conserven presa contigo

Despedida de Blanca y de Marceau.

(c) Ministerio de Cultura 2006

mientras viva y les bendeciré. Pero si me dejas...

—Blanca, estoy seguro de salvarte y respondo de tu vida; en menos de dos dias estaré aquí con tu perdon, y entonces no sepultarás tu vida en un calabozo, sino que respirarás el aire libre y gozarás del amor y de la felicidad.

Abriose la puerta y se presentó el carcelero. Blanca estrechó mas á Marceau contra su pecho; no queria separarse de él, y sin embargo aquellos instantes que se perdian eran preciosos. Pudo al fin desasirse de ella suavemente, la ofreció estar de vuelta antes que espirase el segundo dia, y la dijo al partir:

—Amame siempre.

—Siempre! siempre! le gritó Blanca apoyándose contra la pared, y señalándole la rosa encarnada que de él habia recibido.

La puerta del calabozo se cerró detrás de Marceau como la puerta del infierno.

V.

Marceau encontró al general Dumas que le esperaba en la habitacion del conserje, y pidió tintero y papel.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó su amigo al notar su agitacion.

—Escribir á Carrier, pedirle dos dias, y decirle que su vida me responde de la vida de Blanca.

—Desgraciado! esclamó Dumas arrancándole el papel de las manos, ¿amenazas cuando estás en su poder? ¿No has desobedecido la órden de reunirte al ejército? ¿Y crees que si llega á temerte no buscará un pretesto plausible para concluir contigo? Antes de una hora te verás preso, y entonces ¿qué podrás hacer por ella y por tí? Es preciso que tu silencio provoque su olvido, porque su olvido es lo único que puede salvarla.

Marceau habia apoyado la cabeza entre sus manos y parecia como que reflexionaba profundamente.

—Tienes razon, dijo levantándose, y salió con su amigo á la calle.

Várias personas se habian reunido al lado de una silla de postas.

—Si se presentase la noche nebulosa, dijo una de ellas, nadie podria impedir que veinte vendeanos entrasen en la ciudad y rescatasen los prisioneros, porque Nantes es un punto muy mal guardado.

Marceau se estremeció, volvió la cara, reconoció á Tinguy, y cambiando con él una mirada de inteligencia, se metió en el carruaje y dijo al postillon después de haberle gratificado:

—A París.

Los caballos partieron con la velocidad del rayo, y Marceau tuvo cuidado de obtener en todas las paradas, á fuerza de oro, la promesa de que tendrian para su vuelta al dia siguiente caballos dispuestos, y que ningun obstáculo retardaria su viaje.

Durante aquella rápida marcha supo que el general Dumas habia presentado su dimision, pidiendo como única gracia que se le destinase de soldado á otro ejército; por lo tanto habia sido puesto á disposicion del comité de salvacion pública, y se dirigia á Nantes cuando Marceau le encontró en el camino de Clisson.

A las ocho de la noche entraba en París el carruaje que conducia á los dos generales, que se separaron en la plaza del palacio Igualdad. Marceau se fué á pié por la calle de San Honorato, bajó por el lado de San Roque, detúvose delante de la casa núm. 366, y preguntó en ella por el ciudadano Robespierre.

—Está en el teatro de la Nacion, le respondió una jóven de diez y seis á diez y ocho años, pero si quieres volver dentro de dos horas, ciudadano general, le encontrarás.

—¡Robespierre en el teatro de la Nacion! ¿No te equivocas?

—No, ciudadano.

—Pues bien, voy á buscarle, y si no le encuentro, volveré á esperarle: hé aquí mi nombre: el ciudadano general Marceau.

El teatro Francés acababa de dividirse en dos compañías: Talma y los actores patriotas habian emigrado del Odeon. A este se dirigió Marceau, no sin admirarse de verse precisado á buscar en un espectáculo al austero miembro del comité de salvacion pública. Representábase *La muerte de César*, y un jóven ofreció al general un asiento á su lado; le aceptó porque tenia que ver desde allí al hombre con quien tenia que habérselas.

No habia empezado aun la tragedia y reinaba cierta fermentacion en el público, oyéndose grandes risotadas que salian especialmente de un grupo colocado cerca de la orquesta; aquel grupo dominaba la sala, y en aquel grupo dominaba Danton.

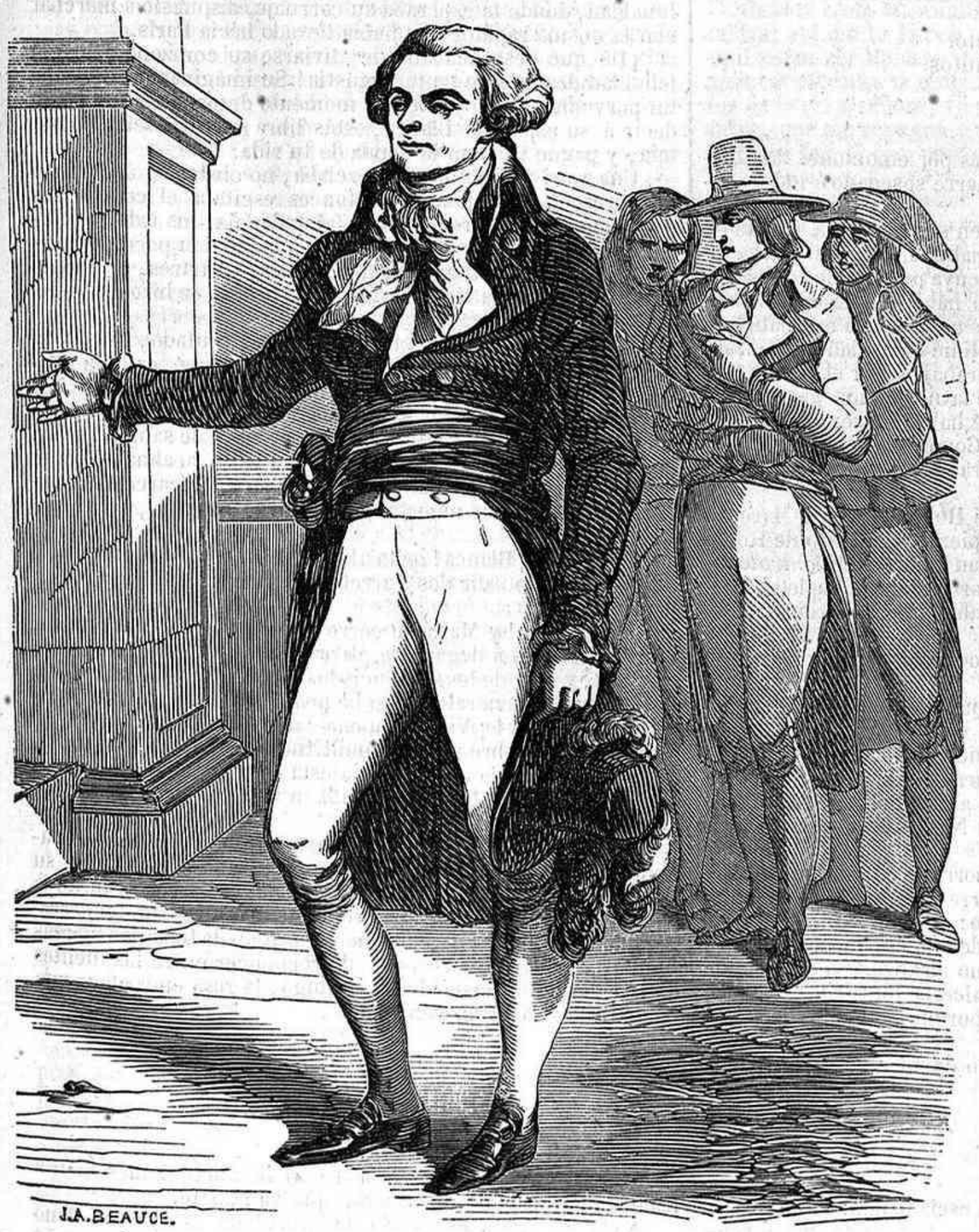
Inmediatos á él hablaban cuando callaba, y callaban cuando hablaba, Camilo Desmoulins, Philippaux, Herault de Sechelles y Lacroix, sus apóstoles.

Era la primera vez que Marceau se encontraba enfrente de aquel Mirabeau del pueblo, y lo hubiera reconocido desde luego por su voz fuerte, por sus gestos imperiosos y por su frente dominadora, aun cuando su nombre no hubiera sido repetido mil veces por los que le rodeaban.

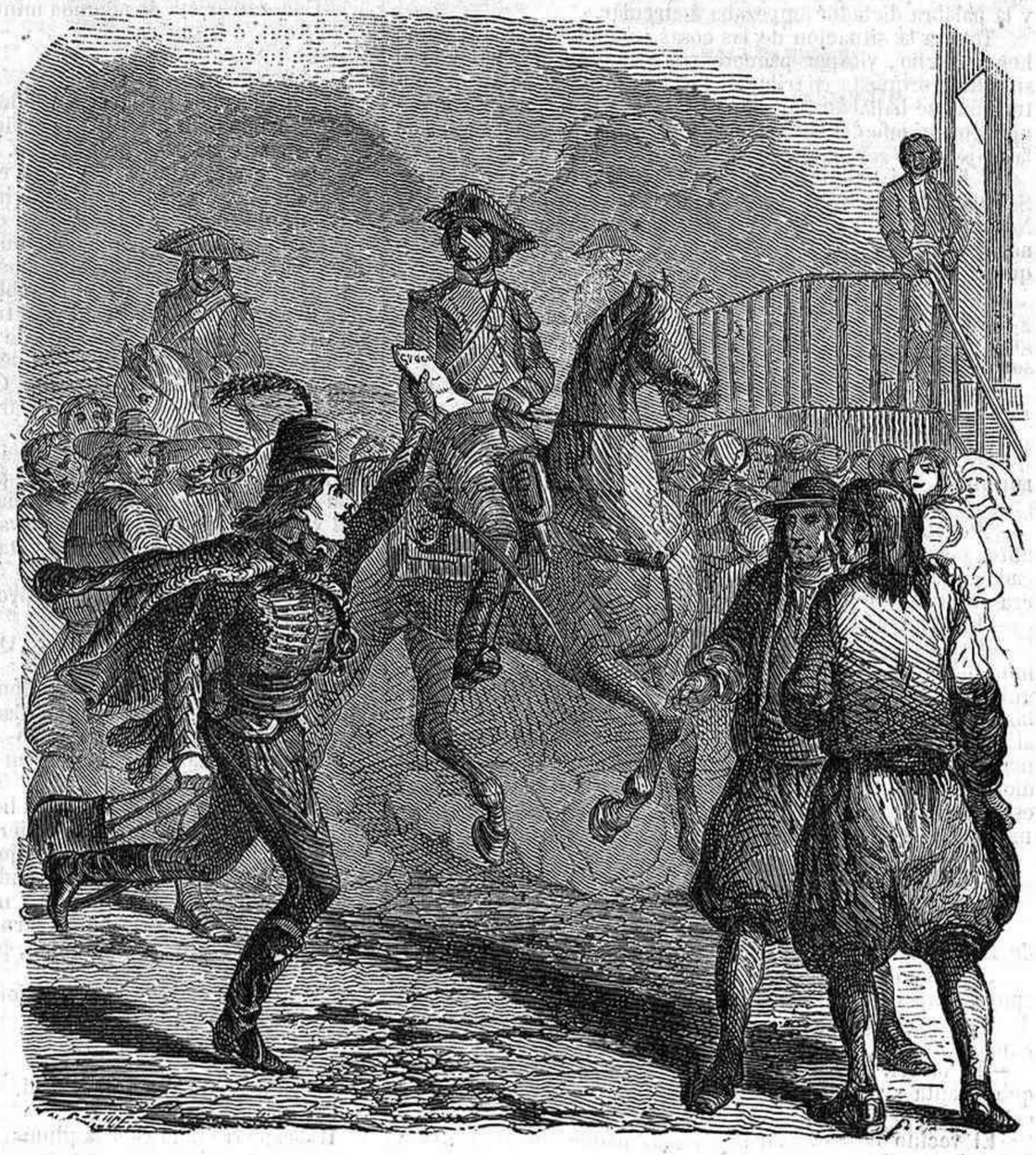
Vamos á decir cuatro palabras sobre la situacion de las diferentes fracciones en que se dividia la convencion, pues son necesarias para la inteligencia de la escena que va á seguir.

El ayuntamiento y la montaña se habian unido para llevar á término la revolucion del 31 de mayo. Los girondinos, después de haber intentado inútilmente confederar las provincias, habian caido casi sin defensa en medio de los mismos que los habian elegido, y que no se atrevieron á ocultarlos en

Danton en el teatro.



Robespierre.



El cadalso.

(c) Ministerio de Cultura 2006

su proscripcion. Antes del 31 de mayo el poder no se hallaba en parte alguna; pero después se conoció la necesidad de unir las fuerzas para llegar con prontitud á la accion. La asamblea era la autoridad mas estendida; una faccion se habia apoderado de ella, y unos cuantos hombres dirigian aquella faccion: el poder pues pasó naturalmente á manos de dichos hombres.

El comité de salvacion pública se habia compuesto hasta el 31 de mayo de convencionales independientes; pero llegó la época de su renovacion, y se hicieron elegir los mas fogosos montañeses. Barrere permaneció en él como una representacion del anterior comité; Robespierre sin embargo fué elegido miembro, y Saint Just, Collot de Herbois y Billaud Varennes, sostenidos por él, dominaron á sus colegas Herault de Sechelles y Roberto Lindet; Saint Just se encargó de la vigilancia, y Couthon de dulcificar en la forma las proposiciones demasiado violentas en el fondo; Billau Varennes y Collot de Herbois dirigieron el proconsulado de los departamentos; Carnout tuvo á su cuidado la guerra; Cambon la hacienda, Prieur (de la Costa de Oro) y Prieur (del Marne) los trabajos interiores y administrativos, y Barrere, que no tardó en unirse á ellos, fué el orador oficial del partido. En cuanto á Robespierre, sin tener cargo preciso ó señalado, velaba sobre todos y mandaba á aquel cuerpo político, como la cabeza manda al cuerpo material, y hace obrar á cada miembro con arreglo á los impulsos de su voluntad.

En este partido se habia encarnado la revolucion; queria-la con todas sus consecuencias, para que el pueblo pudiese gozar algun dia de todos sus resultados.

Pero tambien este partido tenia que combatir entre otros dos: uno queria ir mas allá y otro detenerse; estos partidos eran el del ayuntamiento, representado por Hebert, y el de la montaña, representado por Danton.

Hebert popularizaba en el *padre Duchesne* la oscuridad del lenguaje; el insulto acompañaba á las víctimas, y la mofa á las ejecuciones. En poco tiempo fuéron terribles sus progresos: el obispo de París y sus vicarios abjuraron el cristianismo; al culto católico sustituyó el de la razon; se cerraron las iglesias, y Anachasis Clootz se convirtió en apóstol de la nueva diosa. El comité de salvacion pública se estremeció al observar el poder de una faccion ultrarevolucionaria que se habia creido sepultada con Marat, y que se apoyaba en la inmortalidad del ateismo. Robespierre se encargó de atacarla. El 5 de diciembre de 93 la discutió en la tribuna, y la Convencion, que habia aplaudido las abjuraciones á peticion del Ayuntamiento, decretó á la de Robespierre, quien tambien tenia una religion que establecer, *que quedaban prohibidas todas las violencias y todas las medidas contrarias á la libertad de cultos.*

Danton, en nombre del partido moderado de la Montaña, pedia la acusacion del gobierno revolucionario: el *Viejo franciscano*, redactado por Camilo Desmoulins, era el órgano del partido. El comité de salvacion pública, esto es, la dictadura, solo se habia creado, segun él, para comprimir en el interior y para vencer en el esterior; y como creia que se habia ya comprimido interiormente y triunfado en la frontera, pedia que desapareciese un poder que en su concepto era ya inútil, á fin de que no degenerase en peligroso: la revolucion habia destruido, y él queria construir en un terreno que no estaba limpio.

Hé aquí los tres partidos que en el mes de marzo de 94, época de nuestra historia, se disputaban el interior de la Convencion. Robespierre acusaba á Hebert de ateo y á Danton de venal: ellos por su parte le apostrofaban llamándole ambicioso, y la palabra dictador empezaba á circular.

Tal era la situacion de las cosas, cuando Marceau, como hemos dicho, vió por primera vez á Danton convirtiendo el sitio de la orquesta en tribuna. Los dantonistas tenian su contraseña, se hallaban todos en el teatro, y á una señal convenida con su jefe debian aplicar á Robespierre varios versos de la trajedia.

Y hé aquí tambien por qué Robespierre, prevenido por Saint-Just, se encontraba aquella noche en el teatro de la Nacion, pues conocia el arma terrible que iba á dejar en manos de sus enemigos si llegaban á popularizar la acusacion que habian lanzado contra él.

Marceau le buscaba inútilmente en aquel salon iluminado, y cansados sus ojos de una investigacion infructuosa se dirigian contínuamente al grupo de la orquesta, cuyos estrepitosos diálogos llamaban la atencion de la concurrencia.

—Hoy he visto á nuestro dictador, decia Danton, y ha querido reconciliarnos.

—¿En dónde os habeis encontrado?

—En su casa; he tenido que subir al tercer piso del incorruptible.

—¿Y qué os habeis dicho?

—Por mi parte, que no ignoro el odio que me profesa el comité, pero que no le temo: me contestó que estaba equivocado, que no abrigaba contra mí malas intenciones, pero que era necesario esplicarse.

—Esplicarse! eso se hace con la gente de buena fé.

—Eso es justamente lo que le he dicho: entonces se ha mordido los lábios, ha arrugado el entrecejo, y yo he proseguido diciendo: es preciso en efecto tener á raya á los realistas, pero solo deben dirigirse golpes certeros y no confundir al inocente con el culpable. ¿Y quién os ha dicho, repuso de mal talante Robespierre, que ha perecido un inocente?—¿Qué dices de esto? ¿Con que no ha perecido un solo inocente? esclamó dirigiéndose á Herault de Sechelles que estaba conmigo. En seguida me marché.

—¿Estaba allí Saint-Just?

—Sí.

—¿Qué decia?

—Atusaba sus magníficos cabellos negros, y de vez en cuando arreglaba el lazo de su corbata por el de Robespierre.

El sugeto que estaba inmediato á Marceau con la cabeza apoyada entre sus manos se estremeció: Marceau no hizo caso de esta circunstancia, y fijó su atencion en Danton y en sus amigos.

—El bribon se estima tanto, observó Camilo Desmoulins, que levanta su cabeza sobre los hombros como si fuera un estandarte.

El vecino de Marceau separó las manos del rostro; era Saint-Just pálido de cólera.

—Y yo, Desmoulins, haré que pronto lleves la tuya como un San Dionisio.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando salió de la sala.

—¡Quién diablos habia de creer que estuviese tan cerca! esclamó Danton riéndose: preciso es confesar que el tiro ha dado en el blanco.

La palabra silencio resonó por todo el teatro, porque se levantaba ya el telon; pero un jóven que al parecer no pertenecia á los partidos rivales proseguia hablando aun cuando los actores estaban ya en la escena. Danton estendió el brazo, le tocó en el hombro, y le dijo:

—Ciudadano Arnault, déjame oir como si ejecutasen tu trajedia *María*.

El jóven autor tenia demasiado talento para desatender un ruego tan delicado; calló y el silencio mas completo permitió escuchar una de las mas malas esposiciones que se han visto en el teatro cual es la de la *muerte de César*.

A pesar de esto, ninguno de los individuos de la conjuracion contra Robespierre habia olvidado su compromiso: repetíanse las señas convenidas y se hacian mas frecuentes á medida que el actor se acercaba al pasaje que debia provocar la esplosion. Danton decia en voz baja á Camilo:

—Es en la escena tercera.

Y repetia los versos con el actor, creyendo apresurar el momento. Cuando fuéron pronunciados estos que preceden:

Dénos ¡oh César! tu clemencia augusta
Un don precioso, una merced mas justa,
Sin contar los estados
Que nos dió tu bondad...

CESAR.

Cimber, ¿qué osas pedir?

CIMBER.

La libertad!

fuéron acogidas con tres salvas de aplausos.

—Bueno va esto, murmuró Danton.

Entonces empezó Talma:

Que César sea grande y Roma libre.

Danton se levantó, lanzando á todas partes miradas investigadoras, como para asegurarse de que todos estaban en sus puestos, cuando se fijaron sus ojos en un punto del teatro: acababa de abrirse la puerta de un palco, y Robespierre asomaba su cabeza puntiaguda. Se encontraron las miradas de los dos adversarios; pero en la de Robespierre se leian la ironía del triunfo y la insolencia de la seguridad. Por primera vez sintió Danton todo su cuerpo bañado en sudor frio, olvidó la señal que debia dar, pasaron los versos sin aplausos ni silbidos, y él cayó vencido. Los guillotinadores dominaban á los setembristas: 93 fascinaba á 92.

Marceau fué tal vez el único que presenció aquella escena sin comprenderla; pero tuvo el tiempo necesario para reconocer á Robespierre. Salió de la sala y llegó cuando el dictador atravesaba los corredores.

Estaba tranquilo é impasible, como si nada hubiese ocurrido. Marceau se presentó á él y pronunció su nombre. Robespierre le alargó la mano; pero cediendo el general al primer impulso, retiró la suya. Una amarga sonrisa se dibujó en los labios del primero.

—¿Qué quieres de mí? le preguntó.

—Una entrevista de algunos minutos.

—¿Aquí, ó en mi casa?

—En tu casa.

—Ven conmigo.

Y aquellos dos hombres, agitados por emociones tan diferentes, caminaban juntos: Robespierre sosegado é indiferente: Marceau curioso y preocupado.

Aquel era el hombre que tenia en sus manos la suerte de Blanca; el hombre de quien tanto habia oido hablar, cuya incorruptibilidad era evidente, pero cuya popularidad debia ser un problema. Para conquistarla no habia empleado los medios de los que le precedieron, pues no poseia la arrebatadora elocuencia de Mirabeau, ni la sublime fogosidad de Danton, ni la firmeza paternal de Bailly: si trabajaba por el pueblo, era sin dárselo á conocer. En medio de la nivelacion general del idioma y del traje, era el único que habia conservado un lenguaje cortés y un atavio elegante. Conocíase desde luego que aquel personaje solo podia ser para la multitud un ídolo ó una víctima: fué lo uno y lo otro.

Una escalera estrecha condujo á Robespierre y á Marceau á un cuarto tercero: abriole Robespierre. Un busto de Rousseau, una mesa sobre la que se veian abiertos el *Contrato social* y el *Emilio*, una cómoda y varias sillas completaban el mueblaje del aposento, que era notable por su estremada limpieza.

Robespierre vió el efecto que producia en el ánimo de Marceau, y le dijo sonriéndose:

—Este es el palacio de César. ¿Qué tienes que pedir al dictador?

—El perdon de mi esposa, sentenciada por Carrier.

—¡Tu esposa sentenciada por Carrier! ¡La esposa de Marceau, el republicano de los tiempos antiguos! ¡Del soldado de Esparta! ¿Que hace ese hombre en Nantes?

—Comete atrocidades.

Marceau le detalló entonces el horrible cuadro que ya hemos presentado al lector. Robespierre se agitaba en su asiento sin interrumpirle, y al fin le dijo:

—¡Siempre me han de comprender de ese modo! Siempre ha de suceder eso, allí donde yo no alcanzo á ver, y donde mi mano no puede evitar una carnicería inútil! Y con todo, todavía hay sangre que derramar, porque no hemos llegado á nuestro objeto.

—Vamos, Robespierre, el perdon de mi esposa.

Robespierre cogió un papel.

—¿Su nombre?

—¿Para qué?

—Para que conste su identidad.

—Blanca de Beaulieu.

Robespierre dejó caer la pluma, esclamando:

—¡La hija del marqués de Beaulieu! ¡del jefe de los vendeanos!

—Sí, Blanca de Beaulieu, hija del marqués de Beaulieu.

—Pero ¿cómo ha llegado á ser tu esposa?

El general le refirió todo lo que ya sabemos.

—¡Jóvenes insensatos! murmuró Robespierre. Debias tú...

—No te pido injurias ni consejos, sino la gracia de mi muger. ¿Me la concedes?

—Marceau, ¿te harán faltar á la república los lazos de familia ó la influencia del amor?

—Nunca.

—¿Y si te encuentras con las armas en la mano enfrente del marqués de Beaulieu?

—Combatiré contra él como ya lo he hecho.

—¿Y si cae en tus manos?

—Te lo enviaré, y tú serás su juez.

—¿Me lo juras?

—Por el honor.

Robespierre volvió á coger la pluma.

—General, dijo, has tenido la dicha de conservarte puro: hace tiempo que te conozco y deseaba verte.

Notando sin embargo la impaciencia de Marceau, escribió las tres primeras letras de su nombre, y se detuvo.

—Escucha, yo tambien te pido cinco minutos.

Marceau hizo señal de que le escuchaba, y Robespierre prosiguió:

—Me han calumniado á tus ojos, y eso que eres uno de esos hombres escasos, de quienes deseo ser bien conocido, porque ¿qué me importa el juicio de los que no merecen mi estimacion? Tres asambleas han regido la suerte del país, y todas se han identificado en un hombre. La Constituyente, representada por Mirabeau, conmovió el trono: la Legislativa, dominada por Danton, se destruyó. La obra de la Convencion es inmensa, porque necesita acabar de destruir y dar principio á edificar. Tengo el gran pensamiento de ser el tipo de esta época, como Mirabeau y Danton lo han sido de las anteriores; y habrá en la historia del pueblo francés tres hombres, representados por tres fechas: 91, 92 y 93. Si el Ser Supremo me concede el tiempo necesario para acabar mi obra, mi nombre se sobrepondrá á todos, pues habré hecho mas que Licurgo en Grecia, mas que Numa en Roma, y mas que Washington en América, porque ellos tenian pueblos nacientes que pacificar, y yo me encuentro con una sociedad envejecida que regenerar. Si caigo antes del término que deseo, mi nombre, que solo habrá llenado la mitad del objeto, conservará la mancha sangrienta que la otra mitad hubiera borrado: la revolucion caerá conmigo, y tambien será calumniada. Esto es lo que tenia que decirte, Marceau; porque quiero que algunos hombres conserven mi nombre en su corazon, y tú eres uno de ellos.

Entonces acabó de escribir su nombre.

—Aquí tienes la gracia de tu esposa, y puedes marcharte sin darme la mano.

Marceau se la estrechó, quiso hablar, pero las lágrimas se lo impidieron. Robespierre le dijo:

—Vamos, es preciso que partas sin perder momento: hasta la vista.

Marceau bajaba, y encontró en la escalera al general Dumas, á quien dijo:

—Tengo su perdon... Blanca se ha salvado.

—Felicítame tambien, le contestó su amigo abrazándole, pues acaban de nombrarme general en jefe del ejército de los Alpes, y vengo á dar las gracias á Robespierre.

Se despidieron, y Marceau corrió á la plaza del palacio Igualdad, donde le esperaba su carruaje, dispuesto á marchar con la misma rapidez que habia llevado hácia París.

¡De qué peso acababa de aliviarse su corazon! ¡Cuánta felicidad después de tanta angustia! Su imaginacion divisaba un porvenir risueño, y veia el momento deseado en que podia decir á su esposa:—Blanca, estás libre por mí: ven, Blanca mia, y pague tu amor la deuda de tu vida.

Una vaga inquietud se mezclaba, no obstante, á la dicha que presentia y esperaba: entonces escitaba el celo de los postillones, y les ofrecia oro en abundancia: los caballos devoraban el camino y aun le parecia que corrian poco. En pocas horas dejó á retaguardia á Versalles, Chartres, el Mar, la Flecha, y llegó á la vista de Anger: de pronto se hizo añicos el carruaje.

Marceau se levanta molido y ensangrentado, monta en uno de los caballos, llega á la primera posada, cambia otro caballo de refresco, y corre mas que antes.

Por fin atraviesa por Anger, pasa Ingrande, Varades y Ancenis; su caballo está cubierto de espuma y de sangre: entra por último en Nantes, que encierra su vida, su alma, todo su porvenir. Algunos instantes mas, y llegará á la carcel de Bonffays: el caballo cae muerto delante de sus puertas, pero ¿qué importa?

—¡Blanca! ¡Blanca! grita al carcelero.

—Acaban de salir dos carretas, le contesta este, y va en la primera...

—¡Maldicion! y Marceau corre á pié por medio del pueblo, que se apresura á llegar á la plaza mayor: alcanza una de las carretas, y uno de los sentenciados le reconoce y le dice:

—Salvadla, general: yo no he podido hacerlo, y voy á morir. ¡Viva el rey! ¡Viva la buena causa! Era Tingny.

Marceau se abre paso; la multitud le estrecha, le empuja, pero siempre hácia adelante: ya está en la plaza mayor y enfrente del cadalso. Entonces agita en alto un papel, gritando:

—El perdon... el perdon.

Al mismo tiempo el verdugo, agarrando por sus largos cabellos rubios la cabeza de una jóven, presentaba al pueblo su sangriento trofeo: la multitud, asustada, creia ver salir de la cabeza un rio de sangre: de pronto se oyó un grito de desesperacion, en el cual parecian haberse agotado todas las fuerzas humanas... Marceau acababa de reconocer entre los dientes de la cabeza que enseñaba el verdugo, la rosa encarnada que habia dado á la jóven vendeana.

HISTORIA DE SIETE SORTIJAS.

Voy á contaros la historia de un hombre, ó mas bien á hacer la autopsia de un corazon que ya no late.

Nada queda en el mundo de aquel hermoso jóven, lleno de vida y de esperanzas, que frecuentaba aun no hace un año la buena sociedad de Madrid; nada queda de aquel Federico

(c) Ministerio de Cultura 2006

tan alegre, tan seductor, mas que un recuerdo que se borrará dentro de poco, como la huella que imprime el árabe sobre la arena del desierto.

¡Veinte y cuatro años! ¡Pronto acabaste tu peregrinacion! ¡No viviste bastante para conocer el mundo en que habitabas! ¡Dichoso tú, Federico, que no sufriste en la vida mas que un pesar que te llevó á la tumba!

Mucho he padecido al cumplir el encargo que me encomendaste en tus últimos momentos; pero supe acallar la voz del dolor que me devoraba, é hice el inventario de todos los objetos que te pertenecieron, para remitírselos á tu desconsolada madre.

Allí ví tu reloj, que tantas veces habrás mirado, contando los minutos para acudir á las citas que debian hacerte feliz por algunos instantes: estaba parado, como un cuerpo sin alma, y me dió miedo. Reflexioné que nuestro cuerpo no es mas que una máquina, como aquella, que puede quedar inmóbil en el momento que se quiebra alguna de las partes que la componen; el corazon es la mas importante y al mismo tiempo la mas frágil.

Después tomé tus guantes... ¡Cuántas delicadas manos habrán oprimido ligeramente! En cuántas ocasiones habrás tomado con ellos los billetes amorosos que te harian estremecer de alegría ó de placer! Cuántas veces tus manos, que cubrian, habrán temblado al recibir un desengaño ó al entrever una esperanza! Sin embargo, los guantes estaban nuevos, como cuando los compraste, blancos y perfumados como el vestido de una doncella el dia de sus bodas... Quitad á un hombre la sensibilidad y vivirá eternamente.

Un cordon de pelo! Por Dios que son hermosos los cabellos! Rubios y finos, lustrosos y suaves, debieron adornar la cabeza de una niña de quince años, inocente y bella: inocente, porque dorados son los cabellos de los ángeles; bella, porque es imposible que haya vestido la cabeza de una muger vulgar este pelo, de una hermosura no comun. Yo veia á la niña con los rizos sueltos, cubriendo su espalda, delante de un gran tocador, si por acaso era de alta alcurnia, y de un pedazo de espejo, si era aldeana. Señora ó campesina, en el momento de tomar las tijeras, asomaría á su rostro la púrpura del pudor, y vacilaría antes de introducirlas entre sus rizos. Toda la historia de su amor debió repasar en su mente al ir á hacer el sacrificio de una parte del adorno que le concedió la naturaleza; después dirigiría una nueva mirada al espejo, y al verse hermosa, pensó que era imposible la olvidases nunca. Agítanse las tijeras, cae un rizo, y la niña lanza un suspiro: duda si la prenda de amor que va á entregar será debidamente apreciada...

Mal hiciste en dudar tal cosa, bella jóven, porque tus cabellos tuvieron un destino digno de su hermosura. El peluquero encargado de tejerlos empleó la mitad en concluir una peluca, que hoy engalana la cabeza de una vieja; y la otra mitad, ¡la otra! en forma de cordon ha servido hasta ahora para atar un legajo de cartas amorosas. Mañana servirá tal vez para que un niño travieso ahorque algun perro.

Aquí hay un librito de memorias; la cubierta es de plata cincelada, y entre sus adornos se ve una corona ducal.—Perdona, Federico, abrí aquel libro, porque deseo que tu madre no sepa nunca una parte de tu vida. Le abrí, y todas sus hojas estaban en blanco; ni una fecha, ni un nombre! Sin embargo, hallé en el lapicero dos iniciales conocidas, y ya pude leer una novela completa en aquellas páginas, blancas y limpias como la inocencia inmaculada. La gran señora no quiso sin duda confiar al papel ninguno de sus recuerdos. Feliz ella, si cuando llegue á los cincuenta años no tiene tampoco ninguno en su corazon; si el libro de su conciencia está en blanco, lo mismo que el que tengo en mis manos!

¿Qué es esto? Siete sortijas formando una cadena!—¿Qué quisiste significar, Federico, al enlazarlas de este modo? ¿Es esta cadena la de tus amores, empezada á construir á los diez y seis años, y concluida el dia de tu muerte? Así debe ser, porque el amor es una mezcla de buenos y de malos sentimientos, como lo son en esta cadena, de riqueza y de medianía, los diversos anillos que la componen; así debe ser, porque en el amor hay pureza, como la hay en este brillante, y cieno, como en este ópalo, cuya belleza empañan tintas verdosas y vetas sanguíneas; así debe ser, porque en el amor entra por mucho la ostentacion, como en esta magnífica sortija de esmeraldas, y la sencillez, como en esta otra de plata, con dos pequeños fragmentos de cristal, uno verde y otro encarnado.

Aquel centon de recuerdos me abrasaba la mano; mis ojos no se apartaban de la cadena, por mas que lo intenté várias veces, y á fuerza de permanecer en la misma actitud, con el corazon palpitante y la mente inquieta, fuéron ofuscándose mis ideas hasta el punto de creer que las sortijas se animaban, que bullian entre mis dedos, produciendo un rumor pavoroso y estridente, semejante al de los esqueletos de un osario al ser removidos. Quise meter los anillos en la cajita de terciopelo azul que servia de mortaja á tantas memorias de mugeres amadas por mi amigo, y al dejar caer la tapa volví á abrirla, esclamando: Veamos si las inducciones pueden llevar al conocimiento de la verdad. Cada siglo escribe su historia en páginas de piedra y de bronce, en los monumentos que lega á las edades futuras: provemos si cada hombre deja escrita la suya en los objetos que le han pertenecido.

Y tomé con resolucion la cadena y la examiné detenidamente.

Esta primera sortija, de oro, sin mas adorno que la imagen de no sé qué Vírgen, malamente esculpida por inesperto artista, debe haber pertenecido á una niña de catorce á diez y seis años, porque es tan pequeña, que no cabria en el dedo de una muger. Es sin duda del primer amor de Federico. ¿Sabeis lo que es el primer amor? ¡Oh! si no palpita vuestro corazon á su memoria, si no conservais de él un recuerdo, vago como el de un sueño, misterioso y grato como la luz del crepúsculo, lleno de ternura como el beso de una madre, desgraciados de vosotros, porque la gangrena del vicio corroe vuestra alma! ¡Desgraciados de vosotros, si vuestros ojos no vierten dulces lágrimas al recordar la alborada de la juventud, aquellos dias en que se ama sin saber lo que es amor, en que se desea lo que no se comprende, en que una sonrisa da la felicidad, y una mirada desdeñosa la quita! Así debió amar Federico, así la niña que en prenda de amores le entregó la sortija. Uno y otro se conocerian quizá desde niños; quizá el cariño que se profesaban habria pasado desde el afecto de tales al de hermanos, para convertirse después en amor. Llegaria un dia en que ambos, temblando de emocion, con los ojos bajos y las mejillas sonrosadas, se jurarian eterno amor. El naciente seno de la niña se agitaria suavemente, su imaginacion buscaria en vano palabras para espresar sus sentimientos, y amaria á Federico menos que á sus padres y hermanos, pero mas y de diferente modo que á los demás hombres. ¿Qué pasó mas tarde para no realizarse tantas esperanzas, para no llevarse á cabo tantos proyectos? ¡Pobre jóven! Aquella sortija que adornó tus torneados dedos, que fué testigo de tu amor mas casto, ha venido, andando el tiempo, á confundirse con otras seis, entre las cuales las habia de adúlteras y de muchachas perdidas!!!... ¿Qué hiciste tú de la prenda que en cambio te entregaria Federico?

La segunda sortija es tambien de oro, sin adornos de ningun género: aquí, por la parte interior, hay grabada una fecha, 18 *de octubre de* 1845... ¡Horror, horror!... es un anillo de boda! Federico pasó repentinamente, sin transicion, del amor puro al amor criminal.

Este otro anillo es de plata, y en su centro tiene engastados dos pedazos de cristal, uno verde y otro encarnado, que en concepto del artista reemplazan dignamente á una esmeralda y un rubí: nadie mas que las aldeanas usan sortijas de este género. ¡Ah! aldeana dije... sí, de la infeliz María, víctima de su inocencia y de una pasion ciega y dominante. Si la hubierais visto como yo, tan bella con su vestido de indiana, con aquellas mejillas tan coloradas como el collar de coral que rodeaba su cuello, con aquellos labios tan frescos como una rosa cubierta de rocío, con aquel pelo tan negro como la noche, le habríais amado como yo, á no ser amigo de Federico. Y luego!... Después volveré á hablar de ella.

Tres brillantes de mas que regular tamaño adornan la cuarta sortija, que sola tiene casi mas oro que todas las demás juntas; este no es regalo de una muger jóven, porque las jóvenes tienen un esquisito tacto para elegir los que hacen á sus amantes, y este, sobre ser demasiado rico, es pesado y lleno de ringorrangos como una vieja coqueta. De mano de una vieja le recibirias, Federico. ¿Y abandonaste á la pobre María para prodigar tus caricias á una muger que presenció la caida de Godoy y el Dos de Mayo? El orgullo, Federico, el orgullo: sería una gran señora, acaso título de Castilla ó muger de algun banquero, y por hacer papel correspondiste á sus ternezas, y conquistaste un lugar entre los objetos que mas queria en el mundo, es decir, sus perros, sus pergaminos, su oro y sus afeites. Las tupidas colgaduras de su gabinete nunca dejarian penetrar mas que una dudosa claridad: ella te diría que los rayos del sol le dañaban la vista, ó que la mucha claridad escitaba su sistema nervioso. Pero realmente huia la luz como los murciélagos, para ocultar su fealdad. Tambien se quejaría siempre de algun disgusto de familia, de alguna leve indisposicion, á fin de que no estrañases las huellas del tiempo y los escesos en su semblante. ¿Mas qué es esto, comparado con la satisfaccion que te causaria el mandar en jefe á muchos criados, pasearte en carruaje y tener un palco en el Circo? Es verdad: todo eso es muy satisfactorio para el que no oye las conversaciones de los criados, ni ve las malignas sonrisas de los que le encuentran, ni sabe lo que de él se murmura. Federico, ¿cómo terminaron aquellas relaciones? ¿Te retiraste con honor, ó fuiste despedido como un lacayo?

Casada seria la primitiva dueña de esta sortija de esmeraldas; así me lo hacen pensar las iniciales J. R. de G. que aquí están esculpidas. O no era bonita, ó carecia de sentimientos elevados la muger que recibió á mi amigo de los brazos de la gran señora, vieja y fea. Apartemos la vista de este anillo, que me repugna sin saber por qué: una voz interior me dice qué fué de una muger impúdica, que se entregó sin violentar su amor de esposa, acaso de madre. Su corazon no debió luchar entre el deber y el amor, porque de otro modo no hubiera triunfado Federico, teniendo en su contra un escándalo reciente y una conducta bastante relajada.

Forma contraste con la anterior, la sortija que á ella está unida, que es de oro sin cincelar, con un hermoso ópalo engarzado al aire. La piedra presenta diferentes colores, segun la hiere la luz, lo mismo que un alma virginal refleja las impresiones que recibe; ya aparece teñida de un verde subido, emblema de esperanza, ya de una tinta violada, sanguinolenta, como simbolizando que perdida la esperanza queda herido de muerte el corazon. ¿Haría estas reflexiones la muger á quien perteneció? Por lo demás nada hallé en ella que pudiese hacerme venir en conocimiento de las cualidades físicas ó morales de la que algun dia le llevó en su mano: era un libro sin hojas, en que es imposible leer nada.

Bien conozco tu sortija, linda Cecilia: muchas veces, al coger tu mano para bailar, me he lastimado con ella, porque entre sus labores hay dos ó tres puntas bastante agudas. Debiérate satisfacer el daño que haces con tus ojos, sin buscar otras armas ofensivas ni defensivas, porque si aquellos son como dos saetas, tu pecho está cubierto con una coraza impenetrable. Todos cuantos te ven buscan la felicidad en tu amor; pero tú sabes mas, pues la buscas en el de todos..... ¡Feliz tu joyero, si regalas una sortija á cada uno de tus amantes! Muchas veces me he preguntado si obras así por maldad ó por inocencia, y no he sabido contestarme: inocente ó infame, tienes á tu cargo mas de cuatro desafios realizados y no sé cuántos que se quedaron en proyecto ó terminaron en casa de Lhardy. Reflexiona en esto y te reirás de los hombres ó los compadecerás; unos van á matarse por tí, y otros á comer, tambien por tí, causa de que á unos y á otros haya que llevarlos al lecho, á los del desafio heridos por las armas ó por el miedo, y á los de la fonda ebrios. ¡Oh poder de la belleza! Tú, Cecilia, en tanto que se matan, ó se embriagan, que viene á ser lo mismo, estudias al espejo una sonrisa para fascinar á nuevos adoradores, ó arreglas tus cabellos de modo que hagan aun mas seductor tu provocativo semblante. Por Dios que haces bien! Nada importa que entre los muchos que fingen por tí una pasion que no sienten, haya alguno á quien mates con tus desdenes, á quien vuelvas loco con una palabra tierna ó una mirada significativa; nada importa que dejes caer gota á gota en su corazon el veneno de los celos. Ese es un niño, que no merece que tú, bella y adorada cual ninguna, te dignes aliviar sus penas, siquiera desengañándole. ¡Halaga tanto el orgullo de una muger un amante mas! Si padece, él tiene la culpa en tomar las cosas por lo serio... Preciso es ser tan audaz como tú, para que Federico, Federico que aborrecia á las coquetas, cayese en tus redes y fuese por algun tiempo uncido á tu carro triunfal. Cuando supiste que habia muerto, ¿tuvieron tus ojos una lágrima que derramar á su memoria? No, no llorarias, Cecilia, por no empañar durante algunos minutos el purísimo azul de tus ojos. Tampoco tendrás para él un recuerdo, porque no sienta bien á tu rostro la espresion de la melancolía. Federico fué una sombra que apareció en el horizonte de tus amores, brilló, y se ocultó para siempre, sin dejar huella alguna ni en tu corazon ni en tu memoria... ¡Pobre muger! ¡pobre muger! ¡Ay de tí el dia que aparezca la primera arruga sobre tu frente, porque huirá esa turba de aduladores que te rodea como una bandada de buitres, cuando de su presa no quedan mas que huesos que no pueden devorar! ¡Pobre muger! ¡pobre muger! Prodiga como hasta aquí tu retrato á todos tus amantes, y algun dia tendrás el gusto de volver á verlo adornando las paredes de alguna prendería.

La vista de este anillo, último de los que componian la cadena, me disgustó profundamente.

—Esta es la vida de un hombre, esclamé: al principio pureza, sensibilidad, amor; después cieno, polvo, nada! Busca el hombre un alma como la suya, la encuentra y la desprecia; prosigue buscándola y tropieza con la tumba...

(*Continuará.*)

CARLOS DE PRAVIA CEA.

Cuando Federico rey de Prusia mandó edificar el castillo de Sans-Souci, se encontraba un molino que impedia la ejecucion de su plan, y mandó preguntar al molinero cuanto queria por él.

El molinero contestó que hacia muchos años que su familia poseia aquel molino, que habia pasado de padres á hijos, y que no queria venderle. El rey hizo que le rogaran todo lo posible, y le ofreció que además de pagarle lo que quisiera por el molino, le mandaria hacer otro en otro sitio mejor; pero el paisano insistió en conservar la hacienda de sus padres. Irritado el rey, mandó que se presentara, y muy encolerizado le dijo:

—¿Por qué no quieres venderme el molino á pesar de las ventajas que te ofrezco?

El molinero repitió todo lo que hemos dicho.

—¿Sabes, continuó el rey, que puedo apoderarme de él sin darte un cuarto?

—Seria fácil si no existiera la cámara de justicia en Berlin.

El rey quedó estremadamente complacido con esta respuesta, pues vió que no le creian capaz de cometer una injusticia.

Dejó tranquilo al molinero, y cambió el plan de sus jardines.

Un soldado prusiano que se embriagaba con frecuencia, fué acusado y convicto de haber blasfemado, proferido injurias contra el rey, y haber hablado mal de los magistrados, de la ciudad donde estaba de guarnicion. Los magistrados que querian vengarse de él, pronunciaron una sentencia severa, condenándole como reo de lesa majestad divina y humana, y enviaron á la aprobacion del gran Federico. El rey escribió lo siguiente.

«Si este bribon ha blasfemado, Dios le perdonará; por las injurias dichas contra mí, yo le perdono; pero por haber hablado mal de los magistrados, le condeno á veinticuatro horas de arresto.»

EL KAN O KIARVANSERE.

COSTUMBRES HOSPITALARIAS DE ORIENTE.

Los orientales comprenden bajo la voz genérica de *kan* todos los sitios públicos donde son admitidos los viajeros, dando mas particularmente el nombre de *kiarvanseré* á los espaciosos edificios que destinan para recibir á las numerosas compañías de mercaderes llamadas *kiarvan*, que impropiamente designan los europeos con el de *caravanas*. Casi todos estos edificios se deben á la piedad de los pachás, ó al desprendimiento de varios particulares, que después les han puesto bajo la salvaguardia de la religion, consagrando á las mezquitas el escaso producto que rinden.

Los *kiarvanserés* están casi siempre hechos de cuatro murallones que forman un gran patio. En el piso bajo estan las cuadras y los almacenes; la planta superior se divide en multitud de habitaciones, cada una con su chimenea y con paso á una galería esterior. En medio del patio hay una fuente abundante adornada con gusto, y á su alrededor plátanos magníficos que sirven á la vez para dar sombra y abrigo al fatigado viajero. La vista de un *kan* á la caida de la tarde, hora en que van llegando las caravanas para pasar la noche, es un espectáculo interesante. Largas filas de camellos entran á depositar sus preciosas cargas; multitud de caballeros les acompañan ó les siguen con trajes y armas diferentes. El movimiento es general, se hablan á la vez muchos idiomas, se hacen amistades en un momento, y se renuevan con alegría las relaciones antiguas. Los unos ofrecen sus mercancías, los otros interrogan acerca de los peligros del camino; todas las naciones, todas las religiones se acercan y hermanan por un interés comun. A la entrada hay sentado un anciano, que es el conserje del *kan*, encargado de conservar el órden interior de la casa, el cual recibe á los viajeros, les devuelve el saludo, contesta á sus preguntas y se informa de los que aun no han llegado. Todos se felicitan al volverle á ver, y le miran con respeto. El á su vez vela por los intereses de sus huéspedes, les designa el puesto que deben ocupar, y evita cualquier disputa. Si en medio de aquellos ricos convoyes venidos de tierras lejanas se encuentran, por un contraste demasiado frecuente, algunos infelices, desprovistos de todo recurso, son tratados en nombre de Dios y de Mahoma, como hermanos que acaban mas penosamente que los demás la peregrinacion de su vida. Allí pueden entrar sin temor; sobre la puerta hay escritas estas palabras, grabadas en letras de oro:

El paraiso pertenece á los que dan de comer
por amor de Dios, á los desgraciados sin recursos,
á los huérfanos y á los esclavos.

A la vista de tales monumentos, ¿quién no reflexiona un

(c) Ministerio de Cultura 2006

momento sobre el orígen y diversas prácticas de esta virtud oriental, al parecer tan antigua como el mundo? En las comarcas es sobre todo donde las costumbres han conservado su sencillez primitiva: bajo las tiendas de aquella gente nómada, rica con sus numerosos rebaños y feliz con su independencia, es donde se encuentran las costumbres patriarcales; donde aun se cree ver al mismo Abraham olvidando el peso de sus años por guiar á los viajeros estraviados, y exhortarles á no abandonar su hogar; donde el piadoso Tobías, modelo de caridad, endulzaba las amarguras de la cautividad, aliviando las desgracias de sus hermanos. En los lugares donde se representa así la viva imágen de las costumbres antiguas, el viajero que es acogido y socorrido bendice la fidelidad con que aquellos pueblos conservan las piadosas costumbres de sus padres, y desea que vivan felices, que el generoso y hospitalario amo de la casa no se vea jamás obligado á esclamar como Job cuando sucumbia al esceso de sus dolores: «Y sin embargo, yo no he dejado á ningun forastero fuera de mi hogar, ni mi puerta se ha cerrado nunca para los peregrinos.»

Efectivamente, todos los árabes, á semejanza de Job, podrian tomar hoy mismo al cielo por testigo de su respeto por estos sagrados principios de hospitalidad; las costumbres que les son peculiares se remontan, como su descendencia, á las primeras edades del mundo. Después de algunas frases de cordial y recíproco afecto, el viajero ofrece un ligero presente, que es siempre recibido con religioso sentimiento: cualquier regalo de consideracion se consideraria como un insulto, y si al cabo de un largo viaje se encuentra sin algun producto del suelo ó de la industria de su país, una flor sencilla, la rama de cualquier arbolillo cogida cerca de la casa le basta para franquearse la entrada. Este acto es la fórmula de que se valen cuantos piden un asilo, y la que todos entienden. Ofrecer una hoja verde es para los pueblos de Oriente sinónimo de pedir hospitalidad. Los criados, los niños rodean diligentes al *muzafir* (1), como si les trajese una buena noticia; su presencia es para todos un motivo de júbilo, y puede estar bien seguro de que nada descuidarán de cuanto pueda hacerle agradable su morada. Se considera como un deber imprescriptible tenerle en la casa tres dias y matar en su obsequio el mejor cordero. El dueño de la casa invita al *muzafir* á llevar el primero la mano al plato, y á hacer sus veces. Segun el uso admitido, él es quien debe hacer los honores de la comida al que se la da, ofreciéndole el primer bocado. El amo le da en seguida gracias por haber escogido su casa, se felicita de la preferencia con que le ha distinguido, y declara que la considera como de feliz presagio.

Los mismos árabes bedúinos, dispuestos siempre al pillaje, y á quienes ningun vínculo une con las demás naciones; que despojan sin piedad á las caravanas que atraviesan los desiertos, y persiguen al viajero que huye de su presencia; que se creen con el derecho de recuperar por fuerza la antigua herencia de que fuéron, segun dicen, injustamente despojados en la persona de Ismael, parecen dispuestos siempre por un contraste singular á olvidar su carácter, naturalmente feroz, á trueque de ejercer la mas noble y valerosa hospitalidad. Ninguno de ellos abandonará jamás al estranjero que reciba bajo su techo; antes perecerá la familia entera defendiéndole, que sufrir la afrenta de haber dejado insultar á uno de sus *muzafires*. Al abrigo de este sagrado título atravesará el viajero los desiertos por medio de las hordas de enemigos, protegido á la vez por el honor y la religion. Todos se indignarian á la sola idea de hacer traicion al viajero que se hubiese amparado debajo de su tienda y hubiese comido pan en su compañía.

(1) Viajero, estranjero, huésped. Este título indica siempre un deber. En los documentos oficiales se llama á un ministro estranjero, *el muy distinguido muzafir de la Sublime Puerta.*

MODAS.

El *Album de señoritas* da en su número del dia 16 las siguientes noticias de modas:

«Las telas para traje de calle son en la actualidad no menos distinguidas y ricas que las de *soirée*.

Al recorrer los principales almacenes, tan magníficamente surtidos, y que ostentan ya todas las novedades de invierno, no puede una menos de asustarse al considerar el alto vuelo que ha tomado el lujo, y el subido precio de estos ricos tejidos.

Si esto continúa así, á menos de que no vengan á inundar la Europa los rios de oro de la California, nos veremos precisadas á volver á las costumbres de nuestras abuelas, que se hacian para sus bodas cuatro trajes, uno para cada estacion. Ellos, sí, eran espléndidos como los del dia, y duraban mas que su vida, puesto que han llegado á nosotras tan bien conservados, que hemos podido utilizarlos en nuestro servicio, entre tanto que se fabricaban los que hoy usamos y que les son tan parecidos.

Entre estas telas, una de las mas hermosas es el brocatel. Como lo tupido y fuerte de su tejido no permite volantes, los fabricantes han buscado la compensacion en la magnificencia de dibujos: su disposicion á realce es muy espesa y cuajada en el bajo de la falda, y va estendiéndose en la debida proporcion hasta la cintura. Los hay en todos colores: para calle los mas á propósito son de dibujo negro sobre fondo azul, verde ó morado: para reuniones, de dibujo blanco sobre fondo rosa, celeste ó maíz. Esta es sin disputa una de las telas mas distinguidas y que mejor viste.

Para trajes mas sencillos, y á nuestro parecer los mas elegantes, hay en todos colores magníficos tafetanes, que reunen la suavidad á la consistencia, y en cuyos volantes brillan lindos dibujos arrasados del mismo color.

En los vestidos que no lleven volantes, así de lana como de seda, siguen con aceptacion las bandas de terciopelo negro en diferentes disposiciones.

Modas.

Los trajes á la albanesa continúan en boga: las listas de la falda y las correspondientes del cuerpo y mangas, forman lindos dibujos de terciopelo, tejido sobre tafetan ó *reps*.

El cuerpo de los vestidos principia á llevarse enteramente cerrado, y bastante largo, de modo que describe como una aldeta recta y entallada en la cadera: otros se llevan altos por detrás y abiertos por delante, con una pieza suelta de terciopelo, que figura chaleco, y que cuando se quiere puede sustituirse por un *fichú* ó camisolin bordado.

Las mangas se llevan con una vuelta ancha, cuya forma es muy á propósito para resguardar el brazo del frio: así la manga puede ser mas larga y mas estrecha, porque siendo la vuelta ancha, le da la apariencia de una manga pagoda: debajo sale la interior, de muselina, hueca y cerrada en la muñeca.

En el ramo de bordados tambien hay alguna variacion: el llamado á la inglesa continúa en uso, pero no solo como antes, sino acompañado del de realce y plumeado.

Nada hay tan distinguido para traje de mañana como un fichú con plegado menudo y bieses pespunteados.

Las mangas son cerradas, si puede llamarse así una manga con bordado á la inglesa de mas de cuarta de ancho, con tantos calados, que parece un verdadero encaje: tambien se llevan de chaconada con puño cerrado por siete pliegues menudos pespunteados, colocándose, á la distancia que marca la manga del vestido, un volante en ondas.

Tales son las novedades que contienen los últimos decretos de la moda, y que publicamos para conocimiento de nuestras lectoras.»

Modas.

LOS NIEBELUNGEN.

Hoy que en nuestro país comienza á despertarse cierta aficion al estudio y conocimiento de la literatura alemana, creemos que nuestros lectores verán con gusto el argumento de uno de los poemas mas importantes que se han escrito por los hijos del Norte, el cual lo tomamos del *Compendio doctrinal de la historia de la literatura alemana*, escrito por el doctor G. Weber, profesor de historia en Heidelber, traducido de la quinta edicion (por apéndice al doctrinal de la *Historia universal* del mismo autor), en correspondencia con el doctor, por D. Julian Sanz del Rio: ya de este trabajo se han ocupado para elogiarlo diversos periódicos. Dice así:

Sigfrido de Flandes llega con un acompañamiento númeroso á Worms para libertar á Krimhilda, hermana de Guntero, rey de Borgoña. A su llegada cuenta Hagen, escudero de Guntero, los hechos valerosos de Sigfrido, que ha vencido la nacion enana de los Niebelungen, conquistando un rico tesoro con un paño que vuelve invisible al que lo lleva, y ha muerto un dragon con cuya grasa, untándose el cuerpo, lo ha hecho córneo é invulnerable. Después de algun tiempo quiere Guntero pretender á Brunihilda de Irlanda, la cual dotada de estraordinaria fuerza, manda matar á todo hombre libre á quien vence en la lucha. Sigfrido ayuda en esta empresa á Guntero sirviéndole de escudero, alcanzándole la victoria y la mano de Brunihilda, mediante su vestido invisible y su gran fuerza. En premio recibe Sigfrido á Krimhilda por esposa, y vuelve con ella á su tierra. Al cabo de algunos años Sigfrido y Krimhilda visitan á sus parientes de Worms. En esta visita disputan las dos reinas sobre la primacía de sus maridos, y la delantera en la procesion. Krimhilda irritada de ver á Brunihilda, llama á Sigfrido, vasallo de Guntero, le echa en cara que ella solo por la ayuda de su marido es esposa de Guntero. Furiosa de esta injuria, y mas todavía del engaño hecho con ella, medita la venganza, é incita á su escudero Hagen á matar al noble Sigfrido. Bajo el pretesto de defender á este en una guerra cercana, arranca Hagen á la confiada Krimhilda el secreto del lugar en que su marido no podia ser herido, y acecha el momento en que Sigfrido apaga la sed en una fuente, lejos de su compañía, para traspasarlo. El asesino, añadiendo el insulto á la muerte, presenta el cadáver delante del cuarto de Krimhilda, que reconoce luego al malhechor. Desde este dia muda enteramente la reina: la dulce timidez que hasta allí la adornaba, se convierte en odio implacable y pensamientos de venganza. Este pensamiento y las lágrimas por su amado esposo llenan únicamente su alma durante años.

Entre tanto el atrevido Hagen le hace una nueva ofensa. Persuadido por sus hermanos Krimhilda envia á Worms el paño maravilloso de los Niebelungen; pero en el camino Hagen roba el tesoro á sabiendas del rey, y lo arroja en el Rhin para que la reina no lo emplee contra el asesino de su esposo. De aquí, pasado un tiempo, el rey Etzel (Atila), de Hungría, pretende la mano de Krimhilda. Esta admite la pretension, en la que ve el medio de vengarse de Hagen. Parte pues para Hungría, y pasados algunos años convida á sus parientes de Worms á visitarla. En vano se opone al viaje Hagen, cuya alma criminal se endurece mas cada dia. El prevé su muerte y la de los suyos; pero se junta impávido al acompañamiento y añade crímen á crímen. Sin embargo Hagen es siempre un gran carácter, que no desconoce á veces la tierna amistad (como demuestra la bella escena en que acompaña en la guardia al pueblo: los Fiedled), y al lado de un Rudigen y Dietrig, manifiesta sentimientos caballerosos y nobleza de alma. Solo contra Krimhilda tiene un corazon criminal. La irrita de intento; la habla de Sigfrido, cuya espada lleva al lado; declara su asesinato, y al darse la señal del combate, comienza con la muerte del hijo de la reina. ¿Qué estraño que Krimhilda se convierta en una furia? Su venganza se dirige primero solo contra el asesino de Sigfrido; pero haciéndose la guerra general y violenta, en la que por el valor de Hagen y de los borgoñones caen de los suyos unos tras otros, no se detiene entonces ante el último crímen.

Dietrig, que se halla con sus amelungen entre los hunnos de Atila, se apodera por último de Hagen y Guntero, y los lleva encadenados delante de Krimhilda. La reina manda matar á su hermano, lleva por los cabellos la cabeza ensangrentada de Hagen, y le corta por último la cabeza con la misma espada de Sigfrido. Horrorizado del crímen el viejo Hildebrando, mata tambien á la reina. Solo tres, Atila, Dietrig é Hildebrando sobreviven á la catástrofe sangrienta y lloran la muerte de los héroes. Esto último forma el contenido del *Duelo* (lamentacion), que sigue por apéndice al poema.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficina y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

(c) Ministerio de Cultura 2006